REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA


MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES MARZO 3 DE 1934 — No. 30

VISTO Y OIDO ★ Se salvó por unos versos  por PREMIANI



LOS MÉDICOS INDIOS NAVAJÓES ATIENDEN A SUS ENFERMOS EN CHOZAS QUE NO CONTIENEN MÁS QUE UNOS DIBUJOS CABALÍSTICOS en el SUELO. HACEN DESCIFRAR A SUS ENFERMOS TALES DIBUJOS, Y NO LES PRACTICAN OTRA CURA.



FRANÇOIS DE VILLÓN, uno de los más GRANDES POETAS FRANCESES, ESTUVO CONDENADO A MUERTE por HOMICIDIO, Y SE SALVÓ EN GRACIA A UNOS VERSOS MAGNÍFICOS.





La CONVENCIÓN FRANCESA HIZO SACAR del PANTEÓN los RESTOS DE MIRABEAU Y PONER LOS de MARAT; EN 1795 SE SACARON los de MARAT y se RESTITUYERON los de MIRABEAU.



De 1816 a 1821 SE JUGÓ en BUENOS AIRES la LOTERÍA DE LAS HERMANAS de CARIDAD, CON UN PREMIO MAYOR de 300 $. VENDÍAN en las ESQUINAS los BILLETES UNOS DESOCUPADOS QUE SE LLAMABAN LOTEROS. LOS BILLETES ESTABAN ESCRITOS A MANO. LA LOTERÍA SE SORTEABA los MARTES en la PLAZA VICTORIA.



Las CATARATAS del IGUAZÚ TIENEN 11 METROS MÁS DE ALTURA QUE LAS DEL NIÁGARA

Junto a un Medio Litro

En un café en el centro de la ciudad. Tarde de verano. Ricardo Barrios y Arturo Lager discuten acaloradamente cerca de la vidriera. Algunos parroquianos los miran. Sobre la mesa hay dos medios litros.

Lager. — No alce la voz... Hágame el favor. Si usted grita, yo también gritaré y entonces...

Barrios. — Yo no grito. Es usted que grita. Yo sólo quiero decirle que...

Lager. — No se altere. A mí me conocen en este café y no me gusta dar espectáculos.

Barrios. — A mí tampoco. Nos hemos reunido para conversar serenamente. Así que..

Lager. — Será medio difícil esto.

Barrios. — Sí; después de lo ocurrido: Lo confieso. Pero tratemos de hacerlo. ¿No podemos hacerlo?

Lager. — Veremos.

Barrios. — (Retirando su medio litro y apoyando ambos codos sobre la mesa). Vea, Lager: Era necesario que habláramos porque quiero decirle una cosa: Yo no estoy dispuesto a hacer ninguna locura. ¿Sabe usted? ¿Me comprende usted?

Lager. — Explíquese. Pueda ser que así lo entienda.

Barrios. — Yo podría matarlo a usted.

Lager. — (Con absoluta serenidad). Hágalo.

Barrios. — Escúcheme, se lo ruego. Podría matarlo como a un perro...

Lager. — Atrévase. Aquí estoy.

Barrios. — (Revolviéndose en su asiento y luchando por dominar su nerviosidad). Vea, Lager, vea... Ya le he dicho que he decidido no hacer ninguna locura ¿sabe? Podría matarlo a usted. A los dos juntos. Tres balas para usted y tres para ella. Pero no, no. No estoy dispuesto ¿me oye? (Echándose de nuevo sobre la mesa y estirando el busto hacia su interlocutor). No estoy dispuesto, en modo alguno, a perderme.

Lager. — ¿A perderse?

Barrios. — Sí; a perderme. A perder mi vida por ustedes dos. Si usted cree, si ustedes dos creen que voy a hacer lo que hacen todos, a matarlo a usted o a herirlo y a podrirme luego en la cárcel, se equivocan. Se equivoca ella. (Se queda mirando a Lager fijamente, como esperando su respuesta, mientras su boca se tuerce con una sonrisa de odio. Hay un silencio).

POR

ENRIQUE MALLEA

ILUSTRACION DE GUEVARA

Lager. — ¿Qué puedo pensar de usted? Más bien dicho, ¿qué puede pensarse de usted?

Barrios. — Piense lo que usted quiera.

Lager. — Es que sólo hay un calificativo para la gente que obra como usted obra ahora.

Barrios. — ¿Cuál?

Lager. — Ser un cobarde.

Barrios. — (Vuelve a revolverse en su asiento). Vea, Lager. Es inútil. Ya se lo he dicho. Es inútil que intente usted hacerme salir de mis casillas. Soy un hombre inteligente ¿sabe usted?

Lager. — No lo niego. Inteligente y cobarde.

Barrios. — (Casi con un grito) ¡Como usted quiera! Pero prefiero aparecer cobarde ante usted y tener la seguridad de que por dos miserables criaturas, como usted y ella, no he de arruinar mi vida.

Lager. — ¿Puede decirme, entonces, para qué me ha llamado? ¿Para qué quería usted hablar conmigo?

Barrios. — Para decirle lo que acaba de oír. Y para decirle, también, que puede llevarse usted a Elisa cuando guste. Mi mujer para mí ya no significa nada, nada. Una vez la quise. No lo niego. Pero hace ya tiempo que dejé de quererla y ahora me es igual. Me es igual que no me quiera. No la necesito ¿sabe? He llegado a la conclusión que ella no significa nada en mi vida. Un día estuve, yo también, por hacer una locura. Fué cuando descubrí que no me quería. Le digo estas cosas para que usted comprenda que no me quita nada. Allá está ella. En vez de hacer las cosas encubiertas, háganla ustedes públicamente. Es suya. Llévesela usted.

Lager. — ¿Yo?

Barrios. — Sí; usted.

Lager. — (Confuso). ¿Yo? ¿A su mujer? ¿A la mujer que usted un día amó y a quien confió su honor y su vida, a quien sin duda sigue queriendo todavía?... (Recobrándose). Es raro. Y eso que usted tiene fama de ser un hombre enormemente celoso y malo.

Barrios. — Así es.

Lager. — ... Incapaz de soportar las burlas de sus amigos. Porque todo el mundo sabe que ella y yo... Vamos, vamos. Todo el mundo se reirá de usted. (Cambiando el tono de su voz y presa, súbitamente, de cierto desasosiego). Su mujer...

Barrios. — ¿Qué?

Lager. — (Con un gesto de honda preocupación). ¿Así que ésta es la solución que usted da al hecho de que un amigo suyo...

Barrios. — ¿Amigo?



Lager. — Sí, tiene usted razón. Ya no. Digamos, más bien, que un conocido le saque a su mujer, a la que es su esposa.

Barrios. — Usted esperaba que yo lo matara a usted o a ella ¿verdad? Que por una u otra causa yo me perdiera para siempre.

Lager. — (Después de una pausa). No, no es eso precisamente. Es decir, sí... Quiero confesarle una cosa, Barrios. Su solución me perjudica. Yo vine aquí convencido de que ésta sería la última vez que vería el mundo, las personas, la calle... Convencido de que usted me mataría hoy sin más trámite.

Barrios. — No pienso perderme por dos miserables como ustedes. Ya se lo he dicho.

Lager. — Comprendo. Pero yo esperaba que usted me matara. Yo necesitaba que usted me matara...

Barrios. — (Extrañado). ¿Por qué?

Lager. — Escuche, Barrios: Yo no busqué a Elisa. Ella me buscó a mí.

Barrios. — ¡Mentira!

Lager. — (Con absoluta calma). No es mentira. Es verdad. Me resistí cuanto pude. Tengo cierto sentido... poseo cierta dignidad. Sé que la amistad es...

Barrios. — ¡Canalla! Farsante.

Lager. — Escuche, escuche. Pero llegó un momento que no pude más. Su mujer es demasiado hermosa. Usted lo sabe. Todos reconocen lo mismo. El cuerpo de Elisa, sus caderas, sus... (Se interrumpe).

Barrios. — (Reprimiéndose y mirándolo fijamente). Siga, siga...

Lager. — Debía usted matarme.

Barrios. — Sí, como a un perro sarnoso. Como a un perro sarnoso. Pero no lo haré.

Lager. — Esa es mi desgracia. Porque es necesario que usted sepa que ni Elisa, ni usted, ni nada ni nadie, me importa ya en la vida. Yo quiero morir. ¿Sabe usted? Necesito morir. Y ésta era una ocasión espléndida para que yo pudiera morir. Pero usted no quiere matarme...

Barrios. — (Extrañado). ¿Qué quiere usted decir?

Lager. — Hace tres años que vivo no sé cómo, Barrios. Así como entre sueños. Usted sabe que estoy económicamente [illegible] por más que hago no puedo levantar cabeza, rehacer mi perdida fortuna. Pero no es sólo esto, no. Ya no es esto. Hoy mismo con millones no sabría qué hacer. Es que siento el vacío de todo ¿me comprende? La inutilidad, el vacío, la angustia de todas las cosas y me ahogo. Hay veces que golpearía mi cabeza contra las paredes hasta morir. Pero soy un cobarde. Usted no sabe qué cosa horrible son el silencio y las noches para mí. Cuando el pensamiento empieza a hilar ideas y más ideas. Por eso busco la muerte, el peligro. Elisa era el peligro, la ocasión propicia... Ví que accediendo a sus ruegos, a sus deseos, me creaba una situación peligrosa y que usted, que tiene fama de malo y celoso, me mataría. Por eso entré a su casa y acepté a Elisa. Por eso no me he ocultado ni de usted ni de nadie, y he hecho las cosas a la vista de todo el mundo, exprofeso para que usted se enterara. Aunque ella me pedía temblando que fuéramos discretos y que no nos perdiéramos. Pero yo no quiero a Elisa, Barrios. Su mujer no me importa. Creo, sí, que ella me ama. Lo único que me importa a mí es terminar, dejar de vivir en una u otra forma.

Barrios. — (Después de un silencio). Está bien su historia. Pero ¿para qué me cuenta usted a mí esas cosas? ¿Cree que por eso deja de ser usted un canalla? ¿Qué me interesa a mí usted ni ella ni sus ganas de morir?

Lager. — Sí. Lo sé.

Barrios. — ¿Dice usted que ella lo quiere? ¿Ella se lo dijo? (Sonríe con sarcasmo).

Lager. — Creo que me quiere. Cuando una mujer le dice a uno que lo quiere, lo único que se puede hacer es creerlo ¿verdad? Creer... No sé si podré hacerlo ahora. No sé qué haré. Nó sé nada. Cuando ella venga ahora...

Barrios. — ¿Aquí? ¿Elisa?

Lagr. — Sí. No se lo dije a usted desde el principio porque creí que las cosas ocurrirían de otro modo. Vendrá, sí. Convine con ella, después que me rogó mucho, para encontrarnos aquí cuando supe que usted quería hablar conmigo. Ella quería aclarar las cosas. Dijo que está dispuesta a seguirme hasta el fin del mundo. Quería, si era necesario, decírselo ella misma. (Con una sonrisa dolorosa) Pero lo notable es que yo esperaba que al venir ella aquí, sólo encontrara un cadáver, el mío.

Barrios. — (Después de un instante de vacilación. Levantándose). Bien. Me voy. Es mejor... No quiero ver a Elisa.

Lager. — ¿Me deja usted ahora, Barrios?

Barrios. — ¿Y qué quiere que yo haga? Comprenda usted...

Una mujer esbelta, de regular estatura, de ojos profundos y grandes y ademanes delicados, avanza algo coartada hacia la mesa. Al verla, Lager se levanta.

Lager. — Elisa... (Ofreciéndole una silla que ella acepta). Siéntese. (Barrios toma asiento nuevamente).

Elisa. — (Después de un silencio tirante, con voz baja pero firme). ¿Han hablado ustedes ya?

Lager. — Sí.

Elisa. — (Dirigiéndose a Barrios). ¿Y qué dices tú, Jorge?

Barrios. — Lager sabe ya lo que yo he dicho.

El mozo. — (Acercándose). La señora ¿qué toma?

Elisa. — Este....

Barrios. — Nada. No traiga nada. Ya nos vamos. ¿Cuánto es esto? Dos medios litros... (Paga y el mozo se lleva los dos bocks de cerveza casi llenos).

Elisa. — ¿Te vas?

Barrios. — Sí. Yo me voy. Ya hemos hablado. Y si hay algo más que hablar, salgamos de aquí. Hablemos en la calle, en otra parte.

Lager. — ¿A dónde van?

Barrios. — No sé. Yo me voy. No quiero hablar aquí.

Lager. — Bueno. Vamos...

Algunas miradas curiosas los siguen. La mujer camina en medio de los dos hombres y los tres desaparecen por la puerta del café que da a la calle llena de tráfico y rumores. Es una tarde calurosa de febrero.

En el palco de la orquesta, junto a una muchacha pálida, suena una victrola con una ranchera de ritmo cansado e insistente. Algunos mozos gritan en voz alta sus pedidos. El ambiente es pesado, casi sofocante. Por las vidrieras del café se ve pasar gente y más gente. De pronto, nítidos, secos, suenan dos disparos. En la calle la gente comienza a correr en una dirección fija. Algunos parroquianos abandonan el café para enterarse de lo ocurrido. Los silbatos de la policía suenan insistentemente y el rumor afuera acrece por momentos. Las campanas de los tranvías, y las bocinas de los ómnibus insisten en pedir paso por la calle obstruída. Al cabo de un rato, dos hombres vuelven y entran al café. Varios de los que han permanecido en él los interrogan entonces.

Hombre 1. — Nada... Una mujer que mató a un tipo. Dicen que estaban discutiendo allí, en la esquina, cuando de pronto sacó un revólver de su cartera y lo mató.

Hombre 2. — Sí. Pero hubo pelea. Eran dos hombres. Empezaron a pelear y luego intervino la mujer y mató a uno. Al marido, creo.

Hombre 1. — No. El muerto no es el marido. El marido la sorprendió con otro hombre y empezaron a discutir. Luego la mujer lo mató.

Hombre 2. — Al marido. El marido iba con ella.

Hombre 1. — Los dos iban con ella.

Hombre 2. — Bueno, sí. Pero el muerto es el marido. Así dicen

En ese momento vuelve otro hombre de la calle. Varios lo interrogan.

Hombre 3. — Lo de siempre: un drama de celos. La mujer que mata al amante porque éste no quiere seguir viviendo con ella. Le pegó dos tiros. Murió instantáneamente. Dicen que luego que lo mató quiso suicidarse.

Hombre 1. — El muerto no es el marido sino el amante ¿verdad?

Hombre 2. — No. El muerto es el marido.

Hombre 3. — Yo creo que es el amante...

Otro hombre penetra en el café en ese instante. Se sienta tranquilamente en una mesa y empieza a hablar.

Hombre 4. — Eran dos hombres y una mujer. Dicen que salieron de aquí. Empezaron a discutir en voz alta. Yo estaba casualmente allí, parado, hablando con Jaime. Uno de ellos trataba de convencer al otro que no gritara y de calmar a la mujer que era la más exaltada. Una morocha espléndida. Así llegaron hasta la esquina. De pronto, uno de los hombres comenzó a gritar y gesticular mientras la gente comenzaba a formar corro alrededor. Los gestos y los gritos subían de tono — la mujer era la que más gritaba a uno de ellos — hasta que ésta, súbitamente extrajo un revólver de su cartera y disparó dos tiros...

Hombre 2. — Contra el marido.

Hombre 1. — No. Contra el amante...

Hombre 4. — No sé si era el marido o el amante. La cuestión es que mató a uno. Yo lo ví caer. Dió unos pasos, se tambaleó un poco, y cayó sobre el cordón de la vereda. Todavía está la sangre. La mujer presa de una crisis nerviosa se echó a llorar. Una linda mujer, una morocha espléndida. El otro hombre se quedó allí como atontado, sin atinar a moverse ni a hacer nada, con una extraña mirada en sus ojos, hasta que la policía vino y se los llevó a los dos. Luego la Asistencia recogió el cuerpo. Era un hombre de aspecto más bien joven, bien vestido. Quién sabe por qué habrá sido. Vaya uno a saber.

La Aldaba Trágica

Ilustración de Sorazábal



La vida de don Próspero hasta el día en que comienza esta historia no ofreció nada de anormal. Su ritmo tenía la misma monótona precisión que la contabilidad de su almacén de comestibles y arrojaba como ella un saldo favorable.

Había sido hasta entonces laborioso, honrado, decente; y a los cincuenta años de edad, nuestro hombre era un señor obeso, metódico y buen creyente: un burgués de manifiesto comunista.

Vivía don Próspero en una preciosa casita del barrio de Flores, casita que fué en un tiempo, cuando la fortuna no le sonreía, su sueño dorado, y que hoy, concretada finalmente en el tiempo y el espacio, constituía la única debilidad del comerciante y compartía sus mejores afectos con su esposa y un loro boliviano, que no todos los loros han de ser paraguayos.

Pero el día a que antes me he referido, le reservaba una terrible contrariedad. Al regresar de sus diarias tareas notó con sorpresa que la puerta de su casa no ostentaba la soberbia aldaba de bronce que debía estar allí, de acuerdo a la ley inexpugnable de la inercia.

Entró, inquirió, le informaron. Poco después de las cuatro de la tarde habían notado sus domésticas la desaparición del objeto y era forzoso deducir, por los signos de violencia que presentaban los goznes, que había sido arrancada de viva fuerza con el auxilio de un instrumento hábil.

Don Próspero lamentaba vivamente la pérdida. Las circunstancias especiales que motivaron la adquisición de la pieza hurtada, explicarán al lector los motivos de tan seria lamentación.

Cuando construyó su casa, no había omitido gastos para que resultara la mejor del barrio. Había cuidado especialmente los detalles del efecto y entre ellos el magnífico llamador de bronce en el centro de la maciza puerta de roble tallado, ya que no por Benvenuto Cellini, por un tal Celestino Benvenutti, calabrés él.

Solamente otra casa de la vecindad podía comparársele, y era una situada precisamente enfrente de la suya. Ella ostentaba también un aldabón exactamente igual, que le había sugerido la idea de hacerle competencia cuando trataba de dar a su casa lujosos accesorios. Nuestro almacenero, sabedor de que en la mansión rival vivía un médico distinguidísimo, dueño de dos apellidos y brillante prosapia, estimó que un llamador de bronce, en lugar del timbre eléctrico común, era signo de depurados sentimiento estéticos.

¡Cuántos afanes para hallar un objeto exactamente igual! Su larga búsqueda por todas las ferreterías de la ciudad se vió compensada por el hallazgo ansiado. Era el único que quedaba en plaza, según se lo había asegurado el vendedor, pues ya no se fabricaban tales chirimbolos. ¡Quince kilos de bronce macizo!...

Tanto esfuerzo quedaba equilibrado con la satisfacción que experimentaba don Próspero mirando todos los días con mezcla de pasión y de orgullo el objeto hurtado. Era un símbolo de su vanidad de propietario, un índice de su refinamiento arquitectónico, un cartel de nobleza en su escudo de nuevo rico.

¡Y lo habían despojado de tan grande tesoro!... A la injusticia objetiva del delito "per se", se unía la injusticia subjetiva resultante del lugar que la aldaba sustraída ocupaba en sus afecciones.

Mientras de pie en su umbral pensaba que no sería posible reemplazarla, ya que era la última de su especie, tuvo un pensamiento egoísta que lo llenó de alegría. ¿No habrían robado también la aldaba del médico?... Cruzó la calle de un salto para cerciorarse ya que, lo que en realidad le amargaba, era el hecho de que otra propiedad del barrio pudiera tener un detalle que faltara en la suya.

Llegó a la puerta del vecino y vió confirmarse su presentimiento. La aldaba gemela presentaba signos del esfuerzo realizado para desencajarla al punto que, con un fuerte tirón logró desprenderla, completando así la obra inconclusa de los delincuentes.

En posesión del objeto, don Próspero lo miró detenidamente... ¡Qué hermoso era!... Meditaba. volvió a su puerta lentamente...

Una idea malvada se esbozó en su cerebro... ¡No!... ¡Nunca!... Pero la idea volvió más neta a tentarlo, más definida. sentía, más que oía, una voz:

—Llévatela, apropiatela. Nadie te ha visto. El doctor no sospechará de tí. Es igual a la suya. Tú la tendrás, él no.

La impunidad minaba su flaca resistencia. En esos momentos, cincuenta años de vida proba se desmoronaban. Por primera vez en ese medio siglo, don Próspero concibió el robo como un derecho, en ciertos casos. Ese, por ejemplo. La seducción de la aldaba dobló su reserva de honradez.

Llamó al jardinero, díjole que la había encontrado tirada en la calle, a pocos pasos: le hizo traer herramientas; con sus propias manos y un perno la colocó. Ya restablecida, la contempló largos minutos, para abandonarla cuando su consorte lo llamó a cenar.

Aquella noche durmió con su buen sueño acostumbrado, pero su despertar no fué tan tranquilo. Una triste noticia se encargó de sacudir el espíritu angélico de nuestro burgués ladrón.

Una vecina que tenía un hijito muy enfermo había golpeado desesperadamente durante la noche en la casa del médico de enfrente sin hallar respuesta, y al retornar a la suya, después de larga demora por esa causa, había encontrado inerte al tierno cuerpecito.

Aquello anonadó a don Próspero. Por una rápida asociación de ideas, el robo de la aldaba y el niño muerto se vincularon indisolublemente.

—Está claro — le decía su conciencia. Si tú no hubieses tomado la aldaba, la vecina hubiera hecho más efectivo el llamado, el médico habría acudido prestamente y el niño estaría vivo. Tú eres culpable de su defunción.

Detalles posteriores confirmaron las circunstancias del hecho. La buena mujer había golpeado desesperadamente con los puños a falta de llamador; el niño había muerto de asfixia a causa de un crup fulminante. Si alguien lo hubiera auxiliado, una membrana diftérica que obstruyó su traquearteria habría podido ser extraída...

No cabía duda. El razonamiento de la conciencia de don Próspero era de una lógica acabada y existía a la vista misma de los hechos una presunción "juris et de jure" sobre la absoluta culpabilidad del ocasional delincuente. Y esa honrada conciencia, que el día antes lo indujo al delito, le recalcaba inflexiblemente:

—La ley humana no te alcanza, pero debes recordar que el derecho es un mínimun de ética. A la luz de la moral pura eres un vulgar criminal y la sangre de ese inocente angelito destilará gota a gota y minuto a minuto sobre tu cráneo como una maldición. Vivirás presa de un continuo y atroz remordimiento.

por

ENRIQUE GARCIA RODRIGUEZ

★

Aquel día fué horroroso para él. La tierna imagen de su víctima lo obsesionaba. Al llegar la noche sus terrores aumentaron. Mientras su esposa fué a darle el pésame a la atribulada vecina, nuestro almacenero, sentado en su escritorio, pensaba en su situación, y era centro de mil encontrados sentimientos. En un momento dado le pareció ver en un rincón de la habitación una forma vaporosa que lo señalaba imperiosamente con el índice rígido. Luego lo sobresaltó un crujido que parecía provenir del otro mundo. Más tarde lo paralizó una frialdad glacial del gran simpático.

Por fin una idea estricta de equidad se abrió paso en ese maremagnum psicológico: su hiperestesia hacia crisis. Tanto la justicia distributiva como la conmutativa le exigían que pagara vida por vida y el convencimiento del juicio surgió inminente para aferrarse a su cerebro como una garra monstruosa.

Morir, sí. Debía morir. La concatenación perfecta de los hechos no dejaba lugar a dudas sobre la responsabilidad que pesaba sobre él. Si hubiera sido abogado hubiera clasificado su delito como homicidio preterintencional, previsto y penado por el código de la materia. Sin serlo, intuía su existencia.

¡Solemne momento!... Un hombre haría justicia en sí, por su propia mano. ¡Nobilísima acción propia solamente de una conciencia cumbre!...

¡Y pensar que no habría nadie que la loara!... Los versos del poeta ignorarían siempre ese motivo de suprema inspiración; en el mármol de la fama no se grabaría su nombre. Sobre su tumba sólo se leería un modesto R. I. P.

Su vanidad, su noble vanidad de hombre de bien, reclamaba honras fúnebres proporcionadas a la sublimidad de su suicidio: debía morir con la aureola de su virtud máxima. Su carta póstuma revelaría al mundo el santo sacrificio que oficiaría su mano al disparar el arma letal.

Tomó papel y lapicero, escribió la fecha prolijamente, encabezó la misiva y empezó para él un nuevo orden de cavilaciones.

Hubiera querido estampar una frase que le hiciera célebre, un pensamiento genial que resumiese en cuatro palabras el significado trascendental de su muerte. Desgraciadamente, su versación en materia epistolar no pasaba del "acuso recibo" y "me es grato comunicarle".

En vano buscaba la fórmula feliz. Recurrió al diccionario para ver si la voz aldaba le sugería alguna idea aceptable; sólo encontró digna de estamparse su denominación en latín: repagulum ferreum. No era bastante.

Las doce campanadas de un reloj cercano le anunciaron las veinticuatro. Hombre metódico hasta el fin, arrojó la hoja de papel que tenía delante, pues la fecha que había escrito no era la del día que se iniciaba. Su mujer no tardaría en llegar y era menester obrar con prontitud. ¡Pobrecilla!... Ella que era tan sensible a pesar de sus noventa y pico de kilos, sufriría sin duda un síncope al ver su cadáver. Recordaba ahora cómo se había emocionado un día por el simple hecho de viajar en el acoplado de un tranvía Lacroze. ¿Qué ocurriría cuando lo encontrara con un orificio en el temporal derecho?... Le hubiera gustado saberlo.

Desechando nuevos pensamientos, comenzó a escribir. Fueron cuatro líneas: "Un categórico e ineludible mandato de mi conciencia honrada me obliga a caer bajo el plomo suicida. Perdona y reza por tu infeliz esposo. Próspero".

Doblada y ensobrada, colocóla en lugar visible. De inmediato, extrajo de uno de los cajones del escritorio un revólver que se había sacado en una rifa. Al empuñar el arma recordó que los circunstantes le habían envidiado su suerte el día del sorteo.

Nuevas reflexiones se agolparon en su mente cuando oyó el ruido de la puerta de calle al abrirse, luego al cerrarse e inmediatamente el paso pesado de su cónyuge. Quiso que fuese supérstite y apoyando con mano temblona el extremo del cañón sobre su sien derecha, apretó el disparador. Oyó la detonación (supongo yo) y sintió un vivo escozor al tiempo de desvanecerse.

... ...

Alboreaba como suele alborear: luz "in crescendo", también los ruidos, estrellas que palidecen, cielo que se ilumina por grados, por matices, por semitonos, por colores: igual que en el teatro.

Don Próspero despertó, es decir, recobró el sentido que nunca tuvo. Un vendaje en forma de vincha le apretaba la cabeza. De asombro en estupor se creyó muerto, pero al ver en el lecho a su viuda comprendió que no estaba en el cielo. Hubo un cambio de miradas que terminó con la explicación del fenómeno:

—Estás solamente herido. La bala era de tan mala calidad que no consiguió perforar esa cabeza dura que siempre te dije que tenías. Ha rozado simplemente el cráneo, marcando una huella en tu calva...

Comprendió. E iba a meditar acerca de lo que convenía decir cuando su implacable consorte lo conminó a que explicara los móviles de su frustrado suicidio.

Con lengua tarda contó el almacenero su tragedia. Puso en esa tarea todos los recursos literarios de sus lecturas juveniles y una que otra frase de almanaque. Su voz era patética al narrar sus tribulaciones, meliflua al asegurar que lo más doloroso no era la pérdida de su propia vida inmolada en aras, etc., firme al aseverar que su credo estoico y demás, acariciante aunque levemente carraspeada al murmurar que amaba a su señora con el amor ardiente que la nieve de los años y anexos...

Pero en medio de su peroración, su compañera aclaró:

—¡Imbécil!... Si hace tres días que el médico se fué a veranear a Mar del Plata y en la casa no hay nadie. La vecina podía haber golpeado con un arriete y hubiera obtenido el mismo resultado.

... ...

Como consecuencia de estos sucesos, un timbre eléctrico sustituyó en la casa de don Próspero a la aldaba trágica.

EL CRIMEN DE LA SAFO

★ DE ★

TERRACOTA

★

MARINO Lampazzo guiaba su camión por Cangello en dirección al centro a toda velocidad. Como avistara a su frente un par de cuadras libres de tráfico, no tuvo el freno listo para detenerse a tiempo cuando a la altura del 1100 vió que una mujer, saliendo a la carrera de una casa, cruzaba la calle para entrar, seguramente, a otra de la acera opuesta.

Sus bocinazos fueron inútiles.

—Ea! Ea! — gritó el pobre hombre, por fin, desesperado.

El choque se produjo, fatalmente. Sonó un grito, y se agolparon los curiosos.

A Marino Lampazo lo condujeron a la seccional. El pobre hombre se lamentaba como un gitano.

—¡Yo, yo asesino! — gimoteaba. — ¡Ha sido imprudente, señores! ¡Ha sido una locura! ¡Nadie hubiera podido evitarlo! ¡Tengo mujer e hijos...

Por otra parte, como un sonámbulo, Basilio La Dufaur, profesor de esgrima, se encaminó poco momentos después a la misma seccional.

—Soy autor de un crimen...

El oficial de guardia lo miró estupefacto.

—¿De qué crimen? — le preguntó.

—El crimen de la Safo de terracota. Nora, la muerta, estaba dopada... Con opio... Su muñeca... era suya, la muñeca favorita, que tanto le gustaba. Yo la maté, desde lejos... Opio.... ¿comprende?

El oficial no comprendió nada, pero como medida precaucional lo mantuvo detenido. Se indagó el caso. Los testigos aseguraban que el accidente que le costara la vida a la pobre Nora había sido puramente casual. Basilio, sin embargo, sumido en una especie de semiinconsciencia, no dejaba de balbucear:

—Ella estaba dopada... Yo la maté desde lejos, con su muñeca.

El opio, de igual modo que agranda, si nos hallamos bajo su influencia, el efecto de lo exterior de nuestro ánimo (espejos que se vuelven océanos, una liga de mujer que nos suscita un harén, una rosa cuyo perfume nos transporta a los jardines colgantes, un chaleco ajustado que nos oprime el plexo con un peso de mil toneladas) asimismo agranda ese sentimiento de las cosas a las cuales nos hemos identificado por cariño, u otro motivo, hasta el punto de que, aunque no las tengamos delante, cualquier daño o beneficio hecho a ellas repercute en nosotros instantáneamente.

Justamente el proveedor Yong Yan, un chino diminuto, iba pensando, en ese momento mientras marchaba apresuradamente por la calle Reconquista en dirección al centro, en los extraños efectos de la "cannabis indica", de su propiedad, sobre todo, de hipersensibilizar el organismo humano, en uno u otro sentido... En el placer o en el dolor...

—Muchos clientes nuevos se quejan — pensaba Yong Yan— porque el opio no les hace soñar bien... ¡Como si el "dawamesk" que vende Yong no fuera el mismo que usa el Mikado!

No era, por supuesto el Nirvana reconfortante, ese ocio integral de los nervios, entrevisto a través de las novelas; por el contrario, dotaba a los seres de una impresionabilidad capaz de sufrir la influencia de un maremoto en la Luna, a millones de kilómetros de distancia.

—¡Hola, Yong!

El nombrado se detuvo de golpe.

—No te alarmes, demonio, soy yo...

Yong respiró. Era vigilado de cerca; los pesquisantes trataban de reunir pruebas. El desconocido volvió a hablarle.

—¿Vienes de allá?

Era una referencia al fumadero. Yong asintió.

—¿Llevaste mucho?

—Diez paquetes.

—¡Bravo! Pero, no me importa eso. Dime... la Nora ¿está allá?

El chino titubeó; sus ojillos rasgados dejaron escapar una chispa de recelo.

—Mira, Yong... Necesito saber la verdad — insistió el otro. —¿Nora frecuenta el fumadero?

—La he visto allá... una vez...

—¿Una vez no más?

—No; este... Varias, dos o tres veces...

—¿Sola?

—Sola.

—¡Hum! Bueno; ya lo veré. Adiós.

Yong Yan, al verle alejarse musitó:

—¡Pobre don Basilio!

Basilio La Dufaur, profesor de esgrima, estaba celoso como un musulmán. Desde algunas noches trataba de dar con el paradero de su compañera, a la que amaba apasionadamente. Pero no se animaba a dar cuenta de su desaparición a Investigaciones.

—Yo la induje, yo mismo la induje... ¡Mal rayo me parta!

El terrible vicio del opio se había adueñado de Nora desde una vez en que Basilio la llevara a visitar el fumadero de Yong Yan. Ahora él pagaba las consecuencias.

Basilio La Dufaur echó a andar hacia el fumadero. La recoba estaba llena de gente. Se abrió paso a duras penas, y llegó hasta una finca del Paseo Colón. Echó un vistazo a los alrededores, y se metió adentro.

Atravesó el zaguán, después un patio de inquilinato, subió luego por una escalerilla angosta de madera y llamó a una puerta con una doble serie de tres golpes. Al entrar, dos detalles, que ya le eran conocidos, volvieron a llamarle la atención como la primera vez: las paredes, totalmente empapeladas con hojas de revistas donde se representaban hombres y mujeres semidesnudos, y la cantidad de almohadones diseminados por doquiera: en el suelo, sobre las camas, encima de la mesa... Era la tosca "mise en scène", necesaria para favorecer las gratas alucinaciones de los tertulianos. Pero a excepción del chino que le abrió la puerta, no encontró absolutamente a nadie: era como si hubiese violado un candado para penetrar a una pieza donde se hubiera cometido un crimen, clausurada en espera de la llegada del juez.

Estaba a punto de retirarse, cuando se acordó de que los clientes más o menos distinguidos ocupaban una habitación contigua, cuyo acceso estaba disimulado por el empapelamiento de la primera.

—A ver la otra, Ipo.

El chino empujó otra puerta, disimulada convenientemente, y penetraron ambos en una estancia recubierta de espejos, pero de dimensiones mucho más reducidas y que se hallaba sumida en una penumbra color naranja; los espejos le daban una extensión ilimitada. El chino, mediante señas, le observó que anduviera con mucho sigilio. Un tropezón, un choque brusco, eran suficiente para determinar, tal vez, un accidente grave... Basilio empezó a vislumbrar los perfiles de unos bultos, hombres y mujeres, tendidos sobre almohadones. Se acercó ansiosamente a la primera; descorrió con mucho cuidado una gasa que le ocultaba el mentón y parte de la boca. No era Nora. Repitió por tres veces más la operación, con otras tantas durmientes, y ¡nada!

Volvió a la primera habitación, y recién interrogó al chino

—¿No viste a Nora?

—Salió recién...

—¿Dopada?

—Yes... algo.

Basilio se largó a la calle. Estaba por volverse loco. No se hubiera imaginado nunca, a no haber sido colocado en ese trance, la falta que le representaba esa mujer...

—Habrá ido a la casita, seguramente. (La "casita" era el departamento que ocupaban ambos en unos altos de la calle Cangallo).

Basilio, impaciente, subió a un automóvil.

No bien se detuvo el taxi, pagó apresuradamente, y, por no esperar el ascensor, subió corriendo la escalera. Era en el primer piso.

Entró a la salita como un ciclón. Ella no estaba. Llamó a veces:

—¡Nora! ¡Nora!...

Nadie. Basilio sintió que las lágrimas lo cegaban. A la vista de tantos objetos que testimoniaban en silencio el gran amor que ellos disfrutaron durante dos años, el hombre perdió del todo la serenidad. Acometido por un improviso deseo de destrucción, tomó cuanto objeto halló al paso, y lo hizo trizas. De pronto, se detuvo: sobre una de las almohadas de la cama estaba la muñeca predilecta de Nora: una Safo de terracota. Basilio clavó sus ojos en la exótica figulina, intensamente, y le pareció sorprender en ella una expresión burlona. Sin pensarlo más, la asió por una de las piernas y le estrelló la cabeza contra uno de los travesaños del lecho.

Instantáneamente, resonó un gran grito en la calle, al pie del balcón. Basilio corrió a asomarse. Un accidente de tráfico. Una mujer atropellada por un camión... Estaba tendida en el suelo, con la cabeza rota...

Ahora, improvisando una camilla la llevaban a su departamento. El hombre, sin saber por qué, sintió que se le estrangulaba el corazón.

Llamaron a su puerta; abrió. La accidentada era Nora...

—Señor... La traemos acá porque en su cartera hallamos esta dirección. La señorita cruzó la calle corriendo y...

A nadie se le ocurrió preguntarse el por qué Nora, siendo la casa de su amante archiconocida para ella, como es lógico, llevaba anotada su dirección en la cartera.

Cuando el pesquisante chino Yu-Yi-Nam, extranjero al servicio de Investigaciones de Buenos Aires, hizo esta pregunta en el despacho de la Jefatura los presentes se miraron estupefactos.

—A ver el papelito — añadió Fu-Yi-Nam.

Se lo alcanzaron.

—¿Cuál es la dirección exacta de Basilio La Dufaur?

—Cangallo 1111.

Fu-Yi-Nam sonrió.

—Esta es: Cangallo 1110. Hay un número que no corresponde.

—Es cierto — arguyó uno de los agentes; — pero como la mujer, en el momento de ser embestida por el camión, se encaminaba a la carrera hacia el domicilio de su amante, es imposible pensar que no fuera ese su punto de destino...

—En efecto — terció otro —los mismos peatones que trataron de socorrerla en el primer momento lo entendieron de ese modo... Por eso la condujeron a la casa del número 1111.

Fu-Yi-Nam nada dijo. Al salir, se dirigió por Cangallo hasta la casa donde habitaba La Dufaur; número 1111. Fu-Yi-Nam cruzó la calle. Miró el número del edificio que daba enfrente mismo del anterior: número 1110. Quedó pensativo un instante.

—Haré averiguar quién vive en esta casa. Pero no; no hay que despertar sospechas. Vigilaré yo mismo desde enfrente.

El piso, en la parte habitada por el profesor de esgrima, estaba clausurado por orden del juez; a pesar de lo cual a Fu-Yi-Nam se le acordó un permiso especial para visitarlo. El pesquisante, una vez dentro, entreabrió las persianas que daban al balcón, dejando una hendija para observar sin ser visto, y se apostó, esperando con la paciencia de un verdadero chino.

Al cabo de unas horas, ya entrada la noche, el pesquisante vió entrar a la casa señalada con el número 1110 a un hombre de traza exótica, a quien identificó inmediatamente. Se trataba, nada menos, de Yong Yan, el proveedor de opio, viejo conocido de Investigaciones...

El descubrimiento ,al parecer, satisfizo plenamente al pesquisante chino. Una hora después, Fu-YiNam, vestido pobremente, a la manera de un marinero de Shanghai, entró al fumadero de opio del Paseo Colón. Una vez que pudo hallarse a solas con Ipo, el lugarteniente de Yong Yan, le preguntó a quemarropa:

—¿Me conoces?

Ipo abrió tamaña boca; el asombro le impidió hablar. Fu-Yi-Nam le dijo:

—Voy a proponerte un negocio.

—Hay cincuenta pesos por un lado; y por el otro, el allanamiento a la madriguera, contigo y los otros... Elige.

—Lo que tú quieras, Fu.

—Bien. ¿Conociste a Nora?

El del fumadero se estremeció.

—Con... ser... —balbuceó.

—Dime en qué relaciones andaba Nora con Yong Yan.

El otro, antes de decidirse a contestar, se rascó la frente. Fu-Yi-Nam le advirtió:

—Acuérdate de los cincuenta pesos, Ipo; y de lo otro... ¿En qué relaciones andaba Nora con tu patrón?

—Malas.

—De modo...

—Yong esperaba que ella lo delatase a la autoridad, de un momento a otro.

—Entonces...

Ipo guardó silencio. Fu-Yi-Nam insistió, persuasivo:

—¿Qué sucedió con ella anteayer, antes del... accidente, Ipo?

—¿Acá?

—Acá mismo. Dilo de una vez, o te costará caro.

—Pues... Ella amenazó con revelar la existencia del fumadero, y otras actividades de Yong...

—Las conozco. Prosigue.

—Dijo que iba a hacerlo para substraer a su amante del vicio del opio, a Basilio La Dufaur. Yong la invitó a que pasara por la casa de él, antes de tomar ninguna medida. Le dió un papel con sus señas.

—Cangallo...

—Cangallo 1110.

—Eso es... con 0. ¿Qué más?

—No sé nada más.

Cuando Fu-Yi-Nam se halló de nuevo en la calle, se hizo esta reflexión:

—De manera que Yong Yan estaba especialmente interesado en quitar de en medio a Nora. Muy bien.

Habló por teléfono con Investigaciones.

—Detengan inmediatamente a Yong Yan, proveedor de opio, Cangallo 1110.

El arresto se cumplió con toda felicidad; el detenido no opuso la menor resistencia. ¿Estaba seguro de su impunidad? Lo cierto es que al enfrentarse con el jefe de la mencionada repartición, Fu-Yi-Nam declaró tranquilamente, señalando al proveedor de opio:

—Este es el que mató a la amante de Basilio La Dufaur.

Antes de fundamentar su acusación, el pesquisante chino solicitó se efectuara una prolija autopsia al cuerpo de la presunta accidentada, a los efectos de constatar si, efectivamente, la joven se hallaba bajo la influencia del opio al cruzar la calle. El médico, después de la operación, se expidió negativamente.

—Lo esperaba —contestó simplemente Fu. El proveedor Yong Yan, señores — explicó a renglón seguido el pesquisante— es hipnotizador de profesión. Es conocido por todos el dominio que un hipnotizador adquiere sobre el sujeto sometido a su experimento. La persona, sobre todo si es mujer, que se halla sumida en el estado hipnótico, ejecuta dócilmente cuanto le ordena su catequizador. Yong Yan no iba a cruzarse de brazos, esperando que la joven lo delatara. Cuando la citó a su domicilio, lo hizo con el propósito indudable de eliminarla. Puso en juego sus facultades hipnóticas, y luego bajó con Nora hasta la puerta de calle, colocándose detrás de ella. Esperó, naturalmente, la coyuntura favorable para dar a su delito el aspecto de un vulgar accidente de tráfico. Calculando matemáticamente la distancia, le ordenó cruzar la calle en el preciso instante en que pasaba el camión a toda velocidad... Esta es la verdad de lo ocurrido.

El proveedor Yong Yan, apremiado por sus acusadores, se declaró culpable, confirmándose en un todo la hipótesis enunciada por Fu-Yi-Nam, el pesquisante chino.

por

FERRARI AMORES

★

Ilustración de

Pedro de Rojas

★

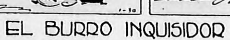
Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*



AGUA LUSTRAL























Las Grandes Orgías Romanas

por

JOSE TUNTAR

★

EN dos capítulos del libro XVI de los Anales, Tácito recuerda a un Cayo Petronio Turpiliano, de quien describe la peculiaridad de costumbres y la trágica muerte.

Durante el día Petronio se dedicaba a dormir y consagraba la noche a los asuntos de importancia, a las mujeres y banquetes. Llegado por el ocio a aquella celebridad que otros se procuran por el trabajo y la fatiga, él, sin embargo, no era, a juicio de los contemporáneos, un hombre de crápula y derroche, sino un voluptuoso refinado. Y sus actos y palabras, cuanto más ostentaban negligencia y abandono, tanto más tenían una agradable apariencia de elegante sencillez. Cónsul en Roma y más tarde gobernador de Bitinia (Asia Menor), dió pruebas de capacidad y energía. Volvió luego a una vida que era o quería ser viciosa y, acogido entre los pocos favoritos del príncipe, fué en la corte de Nerón durante largo tiempo el árbitro del buen gusto (arbiter elegantiarum), el regulador supremo de lo bello y delicado. Tigelino, el principal favorito de Nerón, lo odiaba, viendo en él a un rival más experto en la "ciencia" de las voluptuosidades y temía que pudiera suplantarlo; por eso acusó a Petronio de amistad con Pisón, enemigo del emperador y jefe de una conspiración fracasada. Había sido corrompido uno de sus esclavos para que sirviese de delator, no se admitió ninguna defensa y se encadenó a la mayor parte de los criados.

La muerte más hermosa de la antigüedad

Estamos en el año 66 después de Jesucristo. Nerón había salido para la Campania; Petronio, que formaba parte del séquito imperial, recibió improvisamente, en Cannas, la orden de detenerse. El árbitro de las elegancias comprendió en seguida: aquella orden era una sentencia de muerte. Se abrió las venas, que luego vendó y reabrió más tarde, entreteniéndose con los amigos en hablar, chistosamente sobre varias cosas, ni graves, ni grandes, pero que quedasen como prueba de su serena firmeza. Ni se detuvo a escuchar sentencias de filósofos o preceptos sobre la inmortalidad del alma, sino sólo canciones jocosas, poesías ligeras y versos eróticos. A algunos esclavos premió, a otros castigó. Quiso banquetear y dormir, para que la muerte, si bien impuesta, apareciese como la cosa más natural. En sus codicilos no aduló a Nerón, ni a Tigelino, ni a ningún otro personaje poderoso, como solían hacer las víctimas cobardes para preservar a favor de los familiares al menos una parte de sus bienes; al contrario, bajo los nombres de pederastas y prostitutas, trazó un breve relato de los excesos y escándalos del tirano, luego selló aquel testamento acusador con el anillo consular y lo mandó a Nerón con esta dedicatoria: Cayo Petronio Arbitro a Barbas de Pimentón". Y después de haber roto el anillo y hecho pedazos una copa preciosa que le costara 300 mil sestercios, para así arrebatarla a la codicia del déspota— se dejó expirar tranquila y serenamente.

"O yo me equivoco, escribe Saint-Evremont, o esta es la muerte más hermosa de la antigüedad. En la de Catón encuentro algo de disgusto o de cólera; Sócrates ha muerto como un verdadero sabio y con mucha indiferencia, pero buscando previamente de cerciorarse sobre las condiciones de la otra vida; Trasea escuchaba al cínico Demetrio discurriendo acerca de la inmortalidad; Séneca, mientras la sangre fluía de sus venas, dictaba a su secretario los últimos preceptos sobre la virtud. Sólo en Petronio no hay ni una palabra, ni un gesto que revele un signo de incertidumbre en un moribundo: para él la muerte fué propiamente la terminación de la vida".

El romance de Petronio: el Satiricón

Este gran señor, este epicúreo que, después de una vida de molicie y elegancias, sabe morir con tanta calma y estoicismo, ¿es el autor del romance El Satiricón? La crítica histórica y literaria ha, fuera de todas dudas, comprobado que el autor de esa obra, de la cual nos quedan sólo fragmentos de dos libros —por lo menos catorce se extraviaron— es propiamente Petronio, el árbitro de las elegancias. "No hay nada —escribe el académico Boissier— más gracioso en toda la literatura latina que esa obra, verdadero espejo de la vida y costumbres de aquella época, y nadie ha jamás usado un estilo tan puro y elegante en la descripción de tantas impurezas".

La parte más interesante y hermosa del "Satiricón" es el banquete de Trimalción, una pieza insuperable de farsa convival: aquí los tipos son eternos, como eterno es el arte del escritor. ¿Los siervos ocupan el puesto de los amos? Empero es éste un fenómeno que la humanidad renueva y renovará, mientras haya clases opresoras y clases oprimidas, en todos los tiempos y en todos los lugares. A la mesa de Trimalción no se sienta sólo la servidumbre de una ciudad campana; está allí también la nueva capa dominante del Imperio, salida de las guerras civiles, de las ruinas de las república y la corrupción sangrienta de los Césares. Aquel banquete es la representación de los miserables extraordinariamente enriquecidos, de los esclavos trocados en libertos y amos, de los cocineros y lavacopas, rodeados de oro y untura; es la demostración viva y escénica de la estupenda frase de Séneca: "El dinero cae sobre cierta gente como en una cloaca".

Esta de Petronio es la obra de quien ha visto, con sus propios ojos, la edad de Claudio y Nerón; de quien ha presenciado el renacimiento y desarrollo de aquella capa de libertos y favoritos, que con la adulación y astucia se volvían pronto todopoderosos en una sociedad que, perdido todo resto de la antigua tradición republicana, necesitaba intrigar, escalar los más altos cargos públicos y enriquecerse.

El liberto Cayó Pompeyo Trimalción

El rétor Agamenón es invitado, con muchos otros "prominentes" ciudadanos, a un suntuoso banquete en casa de Trimalción, riquísimo liberto de la ciudad (¿Cumas?). Como discípulos del rétor, concurren también Encolpio y Ascilto, acompañados del niño Gitón. Paseando por las calles a la espera de la hora fijada para el convite, ven en una cancha de las Termas a un viejo calvo vestido con túnica roja y jugando a la pelota verde con un coro de esclavos jóvenes, de cabellera larga y flotante. A ambos extremos del juego están los eunucos, uno de los cuales lleva un orinal de plata; el otro cuenta las pelotas que caen al suelo. Mientras los tres convidados admiran aquella "magnificencia" se les acerca Menelaos y les dice: "Ese es Trimalción, el que os convida a comer. Eso es el preludio del banquete".

Más va a decir cuando Trimalción hace castañetear los dedos; al oir la señal, se acerca el eunuco que llevaba el orinal; Trimalción desahoga la vejiga, hace otra señal para que lleven agua, se moja los dedos y los seca en el pelo de un esclavo. Los convidados van poco después al baño y ven a Trimalción, a quien tres mozos acaban de perfumar, secándole con paños de lana suavísima; luego le envuelven en un manto de felpa colorada y le colocan en una litera precedida por cuatro criados con librea magnífica y por una silla de manos que ocupa el más amado esclavo de Trimalción, un muchachillo con cara de viejo, legañoso y más feo que su propio amo; y junto a su oído toca durante todo el camino la flauta.

Cada vez más admirados, los convidados siguen a la comitiva y llegan a la puerta del palacio del anfitrión. En el vestíbulo está el portero vestido de verde, con un cinturón color de cereza, mondando guisantes en una fuente de plata. En lo alto de la puerta está colgada una jaula de oro con una urraca, cuyos chillidos saludan a todos los que entran.

En el triclinio: los primeros platos

La sala del festín (triclinium) es un verdadero mar de delicias. Luego de una breve espera aparece Trimalción, en hombros de esclavos, que muy cuidadosamente lo colocan en un lecho guarnecido con almohadones. Tiene la calva cubierta con un velo de púrpura, y la servilleta que le cuelga del cuello, se asemeja a una laticlavia; en el meñique de la mano izquierda lleva un sortijón dorado y en el dedo anular otro anillo más chico, de oro puro; y para deslumbrar a los comensales con su riqueza, descubre el brazo derecho, donde brilla una pulsera de oro, esmaltada con láminas de marfil resplandeciente.

Se da principio al banquete. Cada plato es una sorpresa; los frascos de cristal, sellados cuidadosamente, contienen vino "Falerno" de cien años. Trimalción dice, dando palmadas: "Verdad es, desgraciadamente, que vive más el vino que el hombre, de modo que debemos beber como esponjas; el vino es la vida, y el que os ofrezco, es añejo de veras. ¡Cuán poca cosa es el hombre, ay de mí, y cuán frágil el hilo de su existencia! Vivamos lo mejor que se pueda, ya que a cada paso nos acercamos a la tumba".

Es servido el entremés: papahigos gordos, en yemas de huevos y pimienta, dentro de cáscaras de huevos de pava, perfectamente imitadas con una corteza de pastas. Llega después el segundo servicio: es un centro de mesa en forma de globo, alrededor del cual figuran en círculo los doce signos del Zodíaco, encima de cada uno un manjar, que, por su naturaleza o forma, tiene alguna relación con las constelaciones. "Hacedme caso y comed, que eso es lo mejor de la cena", exclama Trimalción. Quitada la tapa del globo, aparecen aves cebadas, tetas de cerdos y una liebre alada, figurando un Pegaso; en los ángulos del gran globo cuatro sátiros con odrezuelos, de los cuales brotan chorros de salsa con mucha pimienta, que caen en un pequeño lago donde flotan pescados condimentados ya. Satisfechísimos, los convidados se abalanzan a tan exquisita comida y engullen.

—¿Quién es esa mujer que va y viene?, pregunta Encolpio. "Es Fortunata, la mujer de Trimalción, le contesta el comensal vecino. Es sabia, hacendosa y lista, pero tiene lengua viperina. Trimalción no ve más que por sus ojos, y si le dijera ella que a medianoche sale el sol, habría de creerle".

Jabalina, tordos y cerdos

Después de una estrafalaria y amena lección astrológica de Trimalción sobre el Zodíaco, varios criados ponen debajo de los pies de los convidados alfombras, cuyos bordados representan escenas de caza. Se oye de improviso un gran estruendo y en la sala penetran perros de Laconia (Esparta), que empiezan a correr alrededor de la mesa. Detrás viene una gran fuente con una gruesa jabalina: lleva en la cabeza el gorro de un liberto (alusión al anfitrión), de los colmillos le cuelgan dos cestas, llenas de dátiles de Siria y de la Tebaida, y casi agarrados a las tetas, jabatos de pasta crocante. El trincha, un hombrón barbudo, abre con un cuchillo de monte el vientre de la jabalina, del cual salen volando una bandada de tordos engordados: criados con varas llenas de ligas los cogen en seguida, ofreciendo uno a cada convidado. Entre tanto, un esclavo muy joven y hermosísimo, coronado de yedra y pámpanos, da vueltas a la gran mesa con una canasta de uvas, y canta con voz aguda versos compuestos por su amo. Al oirle, Trimalción, conmovido, se vuelve y le dice: "¡Baco, sé libre!"

Sacados los platos sucios al compás de la música, entran en la sala tres cerdos blancos, con bozal y campanillas. Trimalción manda al cocinero que prepare en seguida el más viejo de los tres. Mientras el cocinero atiende a la prodigiosa tarea, Trimalción ilustra a los comensales acerca de la enorme extensión de sus tierras, habla con Agamenón de literatura y narra, luego de una serie de disparates mitológicos, la historia de la Sibila cumana, a la que él dice haber visto con sus propios ojos. Las sandeces del anfitrión son interrumpidas cuando traen en una gran fuente aquel enorme cerdo milagrosamente ya cocido. Mas el cocinero lo había cocido sin destriparlo. El pobre hombre es traído ante el dueño y desnudado, pero los ruegos de los convidados le ahorran los azotes.

"Bueno, dice Trimalción, ya aplacado; ya que has tenido tan poca memoria, destrípalo delante de nosotros ahora mismo". El cocinero agarra el cuchillo, da varios tajos en la panza del cerdo y empiezan a brotar de las aberturas montones de salchichas y morcillas. Aplausos y gritos. El cocinero recibe una corona de plata. Trimalción, exaltándose cada vez más en sus jactancias de ultramillonario y en su frenesí de erudito, habla de sus vasos y bronces corintios, y narra la historieta de César y el vidriero que había descubierto el vidrio infrangible.

Acrobacia, lotería y ternera cocida

De improviso entran unos acróbatas. Uno de ellos pone una escalera derecha y manda a un chiquillo que suba todos los peldaños, hasta el último, cantando y bailando; que pase por entre aros ardiendo y sostenga un cántaro con los dientes. En medio del ejercicio, el chiquillo le cae encima de Trimalción, el que, en lugar de castigar al malaventura niño, dispone que sea declarado libre, para que nunca se dijera que personaje tan importante había sido herido por un esclavo.

Trimalción quiere luego dar un ensayo de... filosofía, cuando empieza a circular alrededor de la mesa una urna con billetes de lotería. Un esclavo, destinado a esta tarea, ve leyendo los premios que tocan a cada convidado: un jamón con unas vinagreras encima, una cuerda de ahorcado, fresas silvestres, un gancho, una manzana, un látigo, un cuchillo, pasas, y miel ática, un pastel y unas tablillas, una liebre y una zapatilla, una rata, una rana y una acelga. Ascilto, levantando las manos al cielo, suelta una carcajada, lo cual irrita a uno de los libertos de Trimalción. "¿De qué ríes, estúpido?", le pregunta. ¿No te satisface la munificencia de mi amo?"

De súbito se oye un grito, y acuden criados llevando en una fuente enorme una ternera cocida con un casco en la cabeza; detrás viene otro trincha, Ayax, que, espada en mano, y con furibundos ademanes, le da numerosos tajos; después, con la punta de la espada, reparte todos los trozos a los absortos comensales. De pronto cruje el techo con tal estrépito, que tiembla todo el triclinio; se entreabre el artesonado y baja un gran redondel desprendido de la cúpula, ofreciendo a los convidados coronas doradas y vasos de alabastro llenos de perfumes y ungüentos. Invitados a aceptar aquellos obsequios, los comensales dirigen la mirada a la mesa, y la ven cubierta de una grandísima bandeja llena de pasteles: ocupa el centro una figurilla de príapo hecho de pastas, y según costumbre lleva en su amplio regazo uvas y otras frutas. En cuanto los convidados tocan los pasteles y las frutas, brotan chorros de azafrán; convencidos de que aquel príapo era sagrado, todos hacen devotamente las libaciones de rito e incorporándose, gritan: "Protejan los Dioses a Augusto, padre de la Patria".







Ilustraciones de Parpagnoli

Scintila y Fortunata

Empieza a anochecer y va creciendo el destello de las luces en el triclinio. Traen otro plato: para cada uno de los comensales una polla cebada y huevos de oca. En esto están los convidados cuando, seguidos de numeroso acompañamiento, entran en el salón Habinas, marmolista, el mejor constructor de sarcófagos y [illegible]jador de Fortunata; está ya algo bebido y para sostenerse se apoya en el hombro de su mujer, Scintila.

—Pero, dime, Cayo, pregunta Habinas, ¿por qué no está aquí Fortunata?

—Parece que no la conoces, contesta Trimalción. Ella no se bebería ni un vaso de agua sin haber antes guardado los cubiertos y dado de comer a los esclavos.

A una seña del amo, todos los esclavos empiezan a llamar a Fortunata a gritos, tres o cuatro veces. La dueña llega por fin. El manto levantado y con un cinturón de color verde pálido permite ver la túnica color de cereza, ligas de torzal de oro y zapatillas adornadas con bordados del mismo metal. Después de limpiarse las manos en el pañuelo que lleva al cuello, se coloca en la misma cama que ocupa Scintila. Se besan y Fortunata enseña a la mujer de Habinas las pulseras de oro que ciñen sus robustos brazos, y se quita también las ligas y hasta la redecilla, asegurando que era de oro purísimo. Ambas estaban ya medio borrachas, y se echan improvisamente a reír, abrazándose luego estrechamente. Habinas se levanta sigilosamente y, cogiendo a Fortunata por los pies, la hace dar una voltereta en la cama. Da ella voces, viéndose con la túnica por encima de las rodillas, hasta que puede taparse, y volviendo a abrazar a Scintila, esconde en el pañuelo la cara, que, sonrojada, parece aun más fea.

Algunos momentos después traen los... postres: pastel de tordos, pasas y nueces en dulce, membrillos llenos de clavos de especia que parecían erizos marinos, y luego una especie de pato enorme, rodeado de aves y pescados de todas clases, pero en realidad hecho enteramente de carne de cerdo. Entran dos esclavos que, al parecer borrachos, habían armado bochinche ya antes, y llevan dos cántaros colgados al cuello. Cada uno de ellos da un garrotazo al cántaro del otro y se ven brotar de las ánforas rotas ostras y almejas, que otro esclavo recoge en una fuente y distribuye entre los convidados. El cocinero, por su parte, lleva caracoles en una parrilla de plata, cantando con horrible y cascada voz.

Baile, baños, funerales y huída

Ya todos están borrachos. Esclavos de pelo largo traen esencias en una palangana de plata y lavan con ellas los pies de los comensales, después de haberles envuelto las piernas en guirnaldas desde los muslos hasta los talones; vierten luego lo que quedaba de las esencias en las ánforas del vino y en las lámparas. Fortunata empieza a bailar y Scintila aplaude y la imita, pero por el abundante vino bebido se ven obligadas a echarse sobre la cama. Trimalción lee entre tanto sus últimas disposiciones testamentarias, y encomienda a Habinas de construir su sarcófago según las instrucciones indicadas. Acabada la lectura, llora Trimalción, llora Fortunata, llora Habinas, y todos los esclavos, como si asistieran al entierro de su amo, gimen desgarradoramente.

—Bueno, amigos, dice de pronto Trimalción. Ya que sabemos que nos hemos de morir, aprovechemos alegremente de la vida que nos queda. Ahora vamos todos al baño.

—Muy bien, muy bien, grita Habinas. Mucho me gusta hacer de un día dos.

Mientras Trimalción y Habinas se levantan para ir al baño, Encolpio y Ascilto, temiendo los efectos del agua caliente después de una comida tal, piensan escurrirse entre el gentío. Guiados por Gitón, atraviesan el vestíbulo, disponiéndose a salir; mas un perrazo tremendo, aunque encadenado, los asusta de tal manera con sus ladridos que Ascilto, queriendo escapar, cae en un estanque; Afortunadamente, viene a librarlos el portero, que hace callar al perro y les saca del estanque. Transidos de frío, ruegan ahora al esclavo que les conduzca al baño; entran en la sala, semejante a una cisterna, donde ya está, en cueros, Trimalción, de pie, diciendo majaderías con su frescura acostumbrada; de los circunstantes, unos corren alrededor del baño, otros se hacen cosquillas mutuamente, con las manos atadas, intentan coger sortijas del suelo; algunos con una rodilla en tierra, echan la cabeza hacia atrás, esforzándose en darse en los pies con ella.

Disipados ya los vapores del vino, pasan todos a otra sala, en la cual Fortunata había dispuesto todo lo necesario para una comida espléndida. Las mesas son de plata maciza, las copas de arcilla dorada y delante hay un pellejo repleto de vino.

—Amigos, exclama Trimalción; hoy le cortan la primera barba a uno de mis esclavos predilectos, muy buen muchacho, al cual quiero muchísimo, sea dicho sin ofender a nadie. Bebamos como esponjas, y que al amanecer estemos aun en la mesa.

Canta un gallo: señal de mal agüero. Se acaba en aquel punto la alegría. Los esclavos se turnan. Entre los recién llegados hay un muchacho muy guapo, al cual se abalanza Trimalción, llenándole de besos. Irritada Fortunata, empieza a insultar a su marido, llamándole cochino y vil, riñéndole ásperamente por no saber dominar sus vergonzosas aficiones, y acabando por tratarle de perro. Exasperado Trimalción por aquellas injurias, tira una copa a la cabeza de Fortunata, que empieza a gritar, se tapa la cara con trémulas manos y se arroja, sollozando, en los brazos de Scintila.

En seguida Trimalción hace echar otro vino en un jarro grande, e indica que todos se figuren estar en el banquete de sus funerales. Dan náuseas aquellas libaciones, y Trimalción, borracho perdido, dispone que entren unos trompeteros; luego, echándose en un lecho suntuoso y apoyando la cabeza en un montón de almohadas, dice: "Suponed que he muerto y hacedme una buena oración fúnebre".

Los instrumentos empiezan a lanzar lúgubres sonidos. El criado de Habinas, que era el hombre más honrado entre la concurrencia, da chillidos tan estridentes que alborota la vecindad, de tal modo que los vigilantes del barrio, creyendo que la casa ardía, echan abajo las puertas y entran tumultuosamente con agua y hachas. Aprovechando la favorable coyuntura y despidiéndose de Agamenón con frívolo pretexto, Encolpio, Ascilto y el niño Gitón salen escapando de aquel infierno de náusea y fragor.

Así termina el banquete, en el que Trimalción es el tipo inmortal del romance, reflejando y condensando en sí, por el arte exquisito y terso de Petronio, también algunos caracteres permanentes de la naturaleza humana. Y no hay exageraciones. Otros escritores relataron cosas mucho más vergonzosas como hábitos corrientes en una capa social, en la cual el Imperio escogía, particularmente en los dos primeros siglos, la mayor parte de sus altos magistrados y hasta [illegible]

EL HERMANO DEL DIABLO

POR

Raisa L. de Dorfman

Ilustración de Carpagnoli

★



NO cabe la menor duda de que la figura más interesante y misteriosa del fin del siglo XVIII es el famoso "mago, hechicero y brujo" Cagliostro, o Giuseppe Bálsamo.

La vida de este hombre, que en todo sobresalía del nivel de la vida común, estaba rodeada de misterios. Sus correrías por el mundo están envueltas en una aureola enigmática y sombría. Sus relaciones, tanto como su sabiduría, eran misteriosas. En realidad, hasta la fecha no sabemos, a ciencia cierta, qué clase de persona era Cagliostro.

Los historiadores y los sabios, en su mayoría, lo tenían en un concepto despectivo, considerándolo simple y llanamente "el estafador más grande de todas las épocas, un aventurero, que poseía una habilidad rayana en la genialidad".

Sin embargo, muchos escritores tienen otra opinión de este misterioso personaje histórico. Por ejemplo, Alejandro Dumas, en su novela "Ange Pitou", no lo representa como un aventurero vulgar. Muy al contrario, el escritor demuestra a las claras su simpatía y su respeto a Cagliostro y hasta cierta veneración ante los misteriosos conocimientos que aquél dominaba. Dumas, evidentemente, lo considera un filósofo - profeta. al que no pudo comprender el vulgo. Con el entusiasmo, propio de este gran escritor, Dumas atribuye a Cagliostro el papel de derrumbador de los caducos fundamentos de la vida de su época, de revolucionario, en el amplio sentido de esta palabra.

Los sabios de hoy en día empiezan a juzgar a Cagliostro con más benevolencia. Los grandes descubrimientos hechos en el mundo de las ciencias, en los últimos años, nos dan la posibilidad de juzgar desde un punto de vista diferente muchas cosas que en la época en que vivía Dumas, se consideraban mentiras o trucos hábiles. Por ejemplo, el hipnotismo explica satisfactoriamente muchos experimentos que hacía Cagliostro y que, para sus contemporáneos, parecían artes del diablo.

Otro aventurero, que se hizo famoso en el siglo XVIII, Casanova, en sus memorias, menciona un episodio muy interesante.

En el año 1770 Casanova viajaba por Provenza y, habiendo parado en una hostería, conoció allí a un matrimonio italiano que llamó su atención. La pareja regresaba a su patria de un largo y penoso peregrinaje, durante el cual vivía sólo de las donaciones de los feligreses. Casanova fué asombrado por el hecho, puesto que las personas, que vivían de limosna, eran: un joven de 25 años de edad, inteligente y muy instruído, y su esposa, bella, joven y bien educada, juzgando por sus modales refinados.

"Aquella mujer —escribe Casanova— poseía todos los rasgos de nobleza innata: era modesta, fina, sumamente simpática y, con su movimiento y su mirada, demostraba timidez y pudor".

En una ocasión, la joven tuvo que firmar un papel, en presencia de Casanova, y entonces resultó que no sabía escribir.

—Soy romana —explicó la hermosa analfabeta— y en Roma ni una sola familia distinguida admite que sus hijas aprendan a escribir. Es sabido que la instrucción sólo puede echar a perder a una muchacha.

De estas palabras, Casanova sacó la conclusión que la bella desconocida no pertenecía a la alta sociedad italiana, pues, en aquella época, hasta la aristocracia romana, la más retrógrada de todas, daba a sus hijas una enseñanza, aunque sea la más rudimentaria.

La dama en cuestión era Lorenza Felicciani, oriunda de Roma, esposa legítima de Giuseppe Bálsamo.

Por espacio de muchos años Lorenza acompañaba siempre a su esposo en sus misteriosos viajes por el mundo. El matrimonio ha recorrido Italia, España, Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y Rusia. En aquel entonces un viaje, por más corto que fuera, costaba mucho. Y los viajes que efectuaban los esposos Bálsamo, o, como se hacían llamar, "los esposos Alejandro y Serafina Cagliostro" requerían enormes gastos. ¿De dónde, pues, sacaban ellos el dinero necesario?

Antes de casarse, el conde Cagliostro ha visitado los países del Oriente y, según él mismo lo afirmaba repetidas veces, se inició allí en las ciencias ocultas, adquiriendo conocimientos misteriosos. Se convirtió en un profeta, capaz de predecir el porvenir, en un médico, capaz de efectuar curas milagrosas, por medio de medicinas desconocidas a los facultativos europeos, y se enteró del secreto de convertir en oro los metales ordinarios y del de fabricar el elixir de la eterna juventud.

¿Quién sabe qué había de cierto en sus palabras? Desde los tiempos remotos la humanidad mantiene latente la creencia en la posibilidad de fabricar oro. En la historia existen indicios de que algunos alquimistas habían llegado a descubrir el secreto de convertir en oro otros metales más baratos.

Sin embargo, no cabe la menor duda de que el conde Cagliostro no poseía aquel secreto, pues siempre necesitaba dinero y lo conseguía por medio de varios métodos, muy ingeniosos por cierto, pero no misteriosos: pedía prestado, cobraba sumas fabulosas por sus curas, etc. En una ocasión en Londres, la tentativa de conseguir dinero le trajo como consecuencia un proceso judicial por una simple y vulgar estafa.

"El elixir de la juventud" era el ensueño de los alquimistas medioevales, mucho más fantástico que "la piedra filosofal". El conde Cagliostro aseguraba que sabía prepararlo. Pero es indudable que los remedios que vendía a enormes precios, haciéndolos pasar por "el elixir de la juventud" no lograban su ansiado fin.

El carácter y la extensión de los conocimientos de Cagliostro representan un misterio que, hasta ahora, queda irresoluble. El hecho es que aquel hombre curaba sus pacientes con remedios desconocidos para los médicos profesionales de fines del siglo XVIII. Se supone que Cagliostro conocía la aplicación de las anestesias y curaba con hipnotismo y con las corrientes eléctricas. Es indudable que conocía muchos remedios con los que conseguía resultados que a sus contemporáneos parecían milagrosos. Uno de los remedios que solía dar Cagliostro a los enfermos viejos reconstituía las fuerzas de éstos con tanta rapidez que les hacía creer en el regreso de su juventud. Aquel remedio, probablemente, contenía arsénico. Bien es cierto que los médicos de aquella época recetaban a sus enfermos el arsénico, pero solamente en dosis mínimas. En cambio, Cagliostro, por lo visto, poseía el secreto de introducir el arsénico en los cuerpos de sus enfermos en enormes cantidades, sin envenenarlos, logrando aumentar las energías de sus organismos. Dicho secreto es desconocido a los sabios occidentales hasta la fecha.

Si Cagliostro, en su juventud, hubiera recibido una buena instrucción, adquiriendo conocimientos científicos, es muy probable que hubiera aportado mucho al caudal de la cultura de la humanidad. Pero aquel hombre no sólo carecía de conocimientos fundamentales, sino que, aparte de eso, poseía un temperamento tumultuoso y la inclinación a la vida llena de aventuras, lo que ocasionó su perdición.

Durante su residencia en Londres, Cagliostro penetró en el misterioso círculo cerrado de los francmasones. Viviendo en Alemania, desarrollaba su actividad entre los misteriosos "iluminadores". Después de haber vivido un tiempo en Rusia, fué expulsado de este país por orden de la emperatriz Catalina II, que sospechaba que el falso conde era un peligroso conspirador. Su ruidosa vida en París terminó con un sensacional proceso, en que se acusaba a Cagliostro por sospecha de haber tomado parte en el famoso robo del aderezo de la reina María Antonieta. A consecuencia de este juicio el "conde" fué deportado. Para salvarse de las acusaciones vergonzosas que pesaban sobre él, cuando vivía en Londres, tuvo que huir de esta ciudad.

En todas las partes en que aparecía Cagliostro, al principio encantaba a todo el mundo, atrayendo simpatías. Pero al cabo de poco tiempo terminaba por despertar sospechas en las personas que lo estimaban y se veía obligado a huir.

El último error cometido por Cagliostro, que resultó ser fatal para él, consistía en que, siendo ya mundialmente famoso, se atrevió a aparecer en Roma, ciudad a la que no le convenía ir.

Sucedió eso en el año 1790, época asaz turbulenta para Roma. La reciente revolución francesa se consideraba muy peligrosa por los Papas. Tanto éstos como la orden de los jesuítas, preveían la aproximación de la tormenta revolucionaria que, en realidad, no tardó en desencadenarse en 1793. Y el Vaticano estaba bien enterado acerca de las relaciones que mantenía Cagliostro con muchas personas que tomaban parte activa en la Revolución Francesa.

Desde que el "conde" apareció en Roma, fué estrictamente vigilado. Y, para colmo de sus desgracias, Cagliostro se portaba de una manera muy despreocupada y, muy a menudo, en sus conversaciones, dejaba traslucir su actividad, dando abundante material para la acusación.

Los amigos de Cagliostro le prevenían que corría un gran riesgo, aconsejándole huir de Roma. Pero el conde no les hacía caso, diciendo:

—El Papa no se atreverá a molestarme.

Pero el gran mago se había equivocado. Lo han llevado preso y sometido a un proceso judicial, acusándolo de herejía, de haber armado un complot contra la Santa Iglesia, de haber tomado parte en las sociedades políticas clandestinas, de haberse dedicado a la magia negra, etc., etc. El Tribunal de la Inquisición lo ha sentenciado a la muerte.

Sin embargo, tomando en cuenta la gran popularidad de Cagliostro, el gobierno de Roma no se atrevió a ejecutarlo, por temor de provocar el descontento de la población. En mayo del año 1791 en las calles y las plazas de Roma apareció el decreto que decía que la pena capital sentenciada para Cagliostro fué substituída por la de cadena perpetua. Lo han recluído en la antigua fortaleza de San Leo, construída en una roca inasequible.

Al cabo de cuatro años, en 1795, Cagliostro murió en su prisión de un modo misterioso. Era un hombre, relativamente joven y gozaba de perfecta salud.

La vida de Lorenza Feliciana, esposa de Cagliostro, también es muy interesante.

Esta mujer acompañaba a su marido en todos sus viajes. Durante su primera estada en París demostró la falta de adhesión a su esposo y a la fidelidad conyugal. Lorenza se enamoró de un joven francés, apellidado Duplessi, y huyó con éste. Cuando su paradero fué descubierto, la mujer denunció a su esposo legítimo, diciendo que era un conde falso y que se procuraba medios de vida, haciendo estafas. Obrando de esta manera, Lorenza abrigaba la esperanza de que a Cagliostro lo iban a encerrar en una prisión, gracias a lo cual ella quedará libre para toda la vida. Pero resultó que en véz de a su marido, la llevaron presa a ella misma y fué Cagliostro quien la sacó del calabozo.

Es notable que aquel hombre hizo voluntariamente todos los esfuerzos imaginables para lograr que dejaran en libertad a la mujer que le ha sido infiel y lo ha delatado; Cagliostro decía que perdonaba a Lorenza todos sus pecados porque la consideraba débil de carácter e ingenua como una criatura irresponsable.

Lorenza Feliciana tambien tuvo su época de gloria. Cuando se llega a comprobar que Cagliostro tenía algo que ver con el famoso proceso del aderezo de la reina, lo han arrestado y, junto con su esposa, recluído en la Bastilla. Entre los habitantes de París había divergencias en la cuestión de la culpabilidad de Cagliostro. Pero, en cuanto a la de su esposa, todo el mundo estaba de acuerdo en que su reclusión era una injusticia bárbara. Cuando, al cabo de poco tiempo, Lorenza fué puesta en libertad, el público le dispensó una acogida verdaderamente triunfal. Por un tiempo la esposa de Cagliostro se convirtió en la mujer más popular del mundo. Los poetas cantaban su divina belleza, maldiciendo a sus carceleros. La casa de la joven era asediada por los visitantes. Los jóvenes franceses, de alma entusiasta, al encontrarla en la calle arrojaban flores a sus plantas. Entre ellos se efectuaban innumerables desafíos, en honor de "la bella romana".

Pero esta vida, parecida a un hermoso sueño, no duró mucho tiempo. Por fin Lorenza se vio obligada a compartir el destino de Cagliostro, volviendo a vagar con él por todas las partes de Europa. Durante estos viajes la joven tuvo que soportar, junto con su esposo, todos los disgustos relacionados con la peregrina vida de aventureros.

El papel que desempeñó la bella Lorenza en los últimos años de la vida de su marido era triste y, hasta, trágico: sus declaraciones tuvieron una influencia decisiva en la sentencia de muerte que pronunció el Tribunal de Roma, acusando a Cagliostro de magia, herejía, etc. Y la mujer seguía denunciando a su marido, sin detenerse ante las calumnias.

Al principio del proceso de Cagliostro. Lorenza fué encerrad en la prisión femenina, en el monasterio de San Apolonio Pero una vez pronunciada la sentencia, la dejaron en libertad, dándole permiso para volver a la casa paterna. Pero por más extraño y misterioso que parezca, la encantadora joven que tanto ansiaba la libertad, se negó a salir del convento. Tres años más tarde, unos cuantos meses antes de la muerte de Cagliostro, Lorenza falleció en el monasterio que le servía de prisión.

En relación con su muerte en Roma corrían rumores misteriosos. Se habló del suicidio o del homicidio. Pero, al cabo de poco tiempo, la gente dejó de interesarse por el destino de Lorenza.

Los grandes acontecimientos políticos que, como una tormenta, se propagaban por toda Europa, no tardaron en borrar casi por completo, de la memoria de la gente el recuerdo de la vida tumultuosa de Cagliostro y de su compañera. La atención del mundo entero fué atraída por un nuevo nombre: el de Napoleón Bonaparte.

En Roma existe, hasta la fecha, la leyenda que dice que siendo aún un modesto oficial desconocido, Napoleón, encontro a un misterioso personaje que viajaba de incógnito en compañía de su hermosa esposa. Durante la conversación qu se estableció, el desconocido l predijo a Napoleón la fam mundial. Entonces, Bonapart le dijo riendo:

—Si su profecía llega a cumplirse y me convierto en un nuevo César, lo llevaré a usted mi Corte en calidad de mi primer consejero.

A lo que el hombre misterioso le contestó, con una triste son sa en los labios:

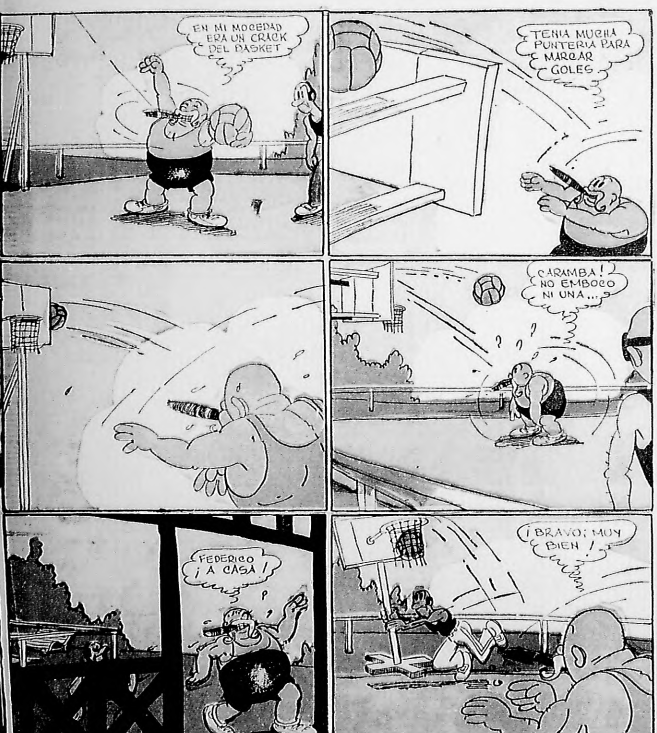
—Moriré, envenenado po mis enemigos, antes de que s feliz estrella suba en el horizonte.

Es evidente que el enigmátic personaje que se menciona e esta leyenda era Cagliostro.

Es posible que la leyenda e cuestión tenga su origen en u hecho, que carece de mayor importancia, a saber: que Napoleón siempre demostró gran interés por la vida del "mago brujo de Panorma", el doct Giuseppe Bálsamo, que se haci llamar "conde Alejandro Cagliostro". Y la imaginación d los romanos, que siempre se h destacado por su romanticism ha inventado la poética leyenda.

En todo caso, no cabe la menor duda de que, si el malogrado Cagliostro hubiera vivido e la época actual, su carrer habría sido completamente diferente, pues se hubiera con vertido en un gran sabio hacer valiosos aportes al cau dal de la ciencia mundial.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez



L'AMPALAGUA

POR

E. L. GONZALEZ ARENA

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

BUENA ESPERANZA es un pueblo que se halla escondido en un remoto rincón, al Noroeste de la provincia de San Luis, lindando al Norte, a cinco escasos kilómetros de la exuberante provincia de Mendoza. Tiene la rara particularidad de presentar topográficamente dos opuestos panoramas. Hacia el Oeste se abre un desolado desierto de arena, salpicado a trechos por alfalfares que sirven de pastoreo a las haciendas de las pocas estancias que circundan la población. En cambio, al Norte, se tiende una línea verdinegra impenetrable por sus zombras y por la exuberancia de la tenebrósa selva, sólo alterada por el piar de las mil especies de pájaros raros, por el bullicio y antipático graznido salvaje de las bandadas de loros, por el raudo deslizarse de las venenosas culebras que viven eternamente en acecho entre las hojarascas, y por el estridente rugido de las fieras al despertar del caniculoso letargo o cuando el hambre les hace agitar inútilmente sus fauces.

Hace muchos años llegue al lugar. Mi arribo coincidió con una terrible tormenta de arena, que frecuentemente solía azotar la zona. El pueblo se perdía tras una nube rojiza de arena. Los habitantes ya agonizaban de asfixia. La muerte se dibujaba en un espejismo trágico. Los labios agrietados de niños y mujeres eran humedecidos por las cristalinas lágrimas que se desprendían silenciosamente de los atormentados ojos, como un salmo de vida y esperanza...

Diez días duró el terrible suplicio. Diez días que parecieron diez siglos. Pero como en la vida todo se extingue, la tormenta también terminó. Así lo anunció el amanecer de un día domingo, que venía escoltado por un radiante sol estival, que en su loable vigor, lanzó sus dardos de fuego sobre el venturoso regocijo de la tristísima población, devolviéndole la vida.

★

Domingo; vivíamos de nuevo. Fué para todos como una fiesta nacional. Por la tarde, de todos lados de la comarca empezó a llegar al pueblo la peonada, montada en briosos corceles. Sus jinetes llegaban vestidos de gala y en alarde de bravura dejaban ver el plateado facón, que lucían haciendo cruz en su cuerpo. Completaba la rica indumentaria dominguera, el infaltable pañuelo de seda tendido sobre el hombro, bordado en las puntas que caían sobre el pecho, con florones policromos, resaltando en gruesos rasgos las iniciales del gaucho, que mostraban orgullosos y en una infantil coquetería hombruna.

La tórrida temperatura nada podía contra ellos. La paisanada llegaba al pueblo sedienta de alegría. Tropel de caballos lanzados en carreras, atronaban con sus cascos los caminos. Gritos estridentes proferidos por los guasos, se expandían sonoros en el cielo azul e iban a perderse en una sucesión de voces que corrían por el éter, como tropezando sobre los montículos de arena, para perderse en la selva vecina, como solía sucederles a las almas que entraban en ella.

Las carreras cuadreras, ese domingo, estuvieron como nunca concurridas. Pero al caer la oración los jinetes fueron desgranándose, como si se desprendiesen de un apretado racimo.

El almacén de los "Dos Hermanos", que quedaba frente a la estación, era el lugar obligado de las reuniones gauchescas. Los caballos de todo pelaje formaban una compacta muralla viva frente al boliche y durante horas largas, se observaba el continuo agitar de colas, castigando ijares en movimiento defensivo del terrible tábano. Mientras, sus dueños estaban pegados al cogollo del frasco de ginebra.

Un bullicio pletórico de interjecciones vulgares poblaba el ambiente. La masa moruna de toscas y rudas formas humanas que olían a acre sudor de pieles quemadas por el sol, se movían incansables de un lugar para otro, y sin soltar de la mano el porrón de ginebra, cruzaban apuestas.

No faltaba entre la amalgama criolla, el gaucho tramposo, el pendenciero, el traicionero y vengativo; el gaucho de ley, prudente, bravo, valiente y leal en la pelea, pero ligero como luz en el manejo del arma. Tampoco faltaba el gaucho matrero, que a fuerza de ser perseguido por la jauría de policianos, vivía siempre prevenido y con un pie puesto en el estribo.

La paisanada esa dominical tarde parecía dispuesta a volcar todas sus ansias de vida de que la privaron los diez días de asfixia, que acababan de pasar en una ráfaga de muerte.

La algarabía criolla rompía el profundo silencio de un segundo, cuando los cien ojos seguían con avidez el recorrido aéreo de la clásica taba que hendía el aire, trazando breves vueltas para ir a caer sobre la humedecida tierra roja en una punzante clavada.

—Doy ventaja: 5 a 3 en vuelta y media, a manos del Mataco, dijo un paisano grandote, conocido por el mote del "Salteador". El guaso seguidamente, de un bufido echó las puntas del pañuelo que le tapaban la boca.

El Mataco era un negro retacón, de piernas combadas, peleador tramposo y muy conocido en las reuniones de taba.

—5 a 3, a manos del Mataco, volvió a repetir el paisano.

Un embarazoso silencio era la respuesta a la usuraria apuesta.

El Mataco esperaba que los concurrentes hicieran apuestas, mientras él restregaba sus negros dedos sobre la áspera tierra, a igual que las fieras afilan sus garras en las cortezas de los árboles.

—¿Y? ¿No hay quién jüegue?, preguntó con rabia el Salteador.

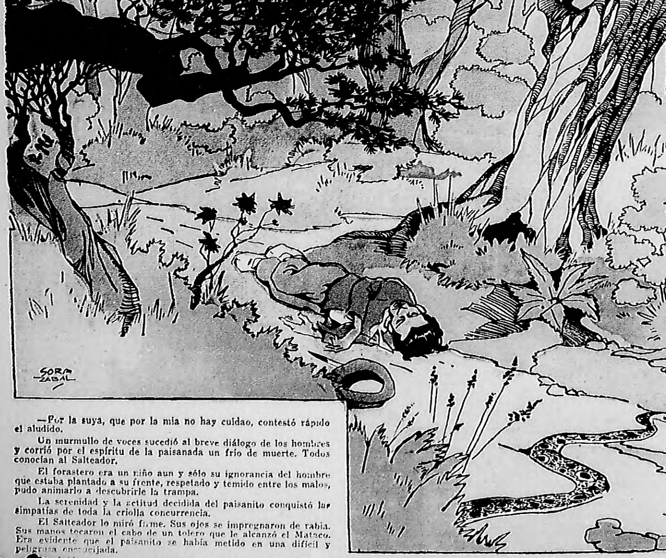
—Si me cambia la taba, contestó un paisanito forastero, a la vez que se adelantaba sobre la cancha.

Todos lo miraron extrañado. Era la primera vez que lo veían en el lugar.

—Desconfiau el mocito — agregó el jugador.

—No me gustan las tabas "cargadas", respondió con soltura.

—Olga, cuñao — terció el Mataco.



—Por la suya, que por la mía no hay cuidao, contestó rápido el aludido.

Un murmullo de voces sucedió al breve diálogo de los hombres y corrió por el espíritu de la paisanada un frío de muerte. Todos conocían al Salteador.

El forastero era un niño aun y sólo su ignorancia del hombre que estaba plantado a su frente, respetado y temido entre los malos, pudo animarlo a descubrirle la trampa.

La serenidad y la actitud decidida del paisanito conquistó las simpatías de toda la criolla concurrencia.

El Salteador lo miró firme. Sus ojos se impregnaron de rabia. Sus manos tocaron el cabo de un talero que le alcanzó el Mataco. Era evidente que el paisanito se había metido en una difícil y peligrosa encrucijada.

Impávido y como si no se diera cuenta de su grave situación, el forastero seguía observando las silenciosas maniobras de agresión que el bárbaro preparaba para castigarlo.

Una electrizante angustia presionaba el ambiente. Todo se desarrollaba en la rapidez de los segundos. De pronto, el Salteador clavó de nuevo en el chico sus ojos saltones y sanguinolentos por la furia y con la mano acarició todo el largo y ancho de la lonja.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios del paisanito, y agregó:

—¿Y, don? ¿Me cambia la taba?

—Yo te voy a dar cambiar la taba, mocoso de porquería.

—No recuerdo que usted me haya limpiado nunca las narices — respondió sonriendo.

—Dele unos guascazos — aconsejo el Mataco.

—Pudiendo estaba una mosca en la tela de una araña — fué la respuesta.

El Salteador, ciego de ira, levantó el talero para descargar el golpe sobre la cabeza del paisanito, cuando el sargento hizo irrupción, a la vez que gritó:

—Aquí nadie pelea. ¿Me han entendío?

La inesperada intervención del sargento puso fin a la partida de taba y evitó el inminente espectáculo de ver morir un chico de un talerazo.

★

Unos por un lado y otros por otro, todos los jugadores y demás paisanos fueron ubicándose en los largos bancos del boliche y allí siguieron bebiendo insaciables, como si la tormenta de arena que por tantos días los había ahogado, les hubiera secado hasta el alma.

Al chocar los vasos y las voces roncas daban al ambiente una sensación extraña. Se aspiraba una atmósfera cargada de pasiones y de odios; entre trago y trago.

—Oiga, mocito — musitó un viejo de barbas blancas dirigiéndose cariñosamente al forastero. — Nunca lo he visto por estos pagos, pero asigún parece, es usted es medio retobau. Eso me gusta — afirmó con simpatía — porque el hombre ha de ser hombre siempre, y en cualquier lado debe saber hacer la pat'ancha, ¿sabés?, pero usted, m'hijito, ha caído en la mala esta güelta...

—A ver don, sírvale algo al mocito, que yo pago.

—¿Qué toma?

—Ajenjo — pidió el convidado.

—... como l'iba diciendo, continuó el viejo. El Salteador es hombre de mala entraña, sabe? ¡Hasta la polecía lo rispeta! Y por estos laos no hay quién le pise la raya y el que se le anima sabe quedar con el sebo al aire, o cuando menos cocido a puñaladas...

—Salud, amigo.

—Salud.

—¿Nunca lo ha óido mentar?

—Nunca, respondió el chiquillo.

—Güeno, entonces m'hijito, es mejor que se vaya, áura que no lo ve naide.

—¿Y por qué he de irme? — respondió extrañado del temor del viejo gaucho.

—Es que ahora el Salteador se mama y es capaz de achurarte, muchacho.

—Pudiendo... y si el cuerpo le ayuda — afirmó sereno, mientras acariciaba su pequeño rebenque, cabo de hierro, con que jugaban sus escuálidas manos.

Gritos largos y sostenidos, como alaridos de indios daban los paisanos, en su honda alegría.

La noche afuera era clara. La luna plateada iluminaba todos los senderos que conducían al desierto y a la selva. La quietud que reinaba, fluía de ese cielo límpido y sereno. El claro-opaco de su lumbre extendíase sobre los campos, cayendo suavemente como suspiros de hadas sobre el árido suelo, plagado de alimañas y de misterios.

Las noches de Buena Esperanza eran siempre temibles. La vecindad de la inexplorada selva ofrecía a los habitantes muchas y desagradables sorpresas. Los reptiles venenosos se arrastraban por las noches a lo largo de los caminos a la espera de la víctima. Las onzas, los gatos monteses y los perros salvajes, cebados o hambrientos, solían hacer incursiones hasta el pueblo, matando domésticos animales y en muchas ocasiones a tranquilos habitantes que en un descuido, se encontraban con las fieras.

Buena Esperanza era prédiga en peligros.

La noche de esta narración tenía un signo impreciso de serenidad y de inquietud incomprensible, que fluía en el ambiente. La luna dominaba majestuosa el celeste campo de los cielos, pero de su plomiza claridad desprendíase un misterioso presagio. Era indudablemente una noche terrible.

Los caballos que desde la mañana permanecían quietos en el mismo lugar, de pronto se encabritaron y erizando las orejas hacia el Norte, dejaron escapar por las dilatadas narices, resoplidos de inquietud.

Un lejano grito humano, emitido en forma de llanto que erizó los cabellos y corrió por todo el cuerpo en una rara sensación de terror, hirió la quietud de la noche. Era el llanto de L'Ampalagua.

L'Ampalagua era una enorme serpiente que habitaba la tenebrosa selva. Este enorme monstruo, al decir de los aterrados habitantes del lugar, hacía entre las criaturas de corta edad, verdaderos estragos.

Igualmente gustaba atacar a los hombres donde los encontrara. Se decía que primero los hipnotizaba con sus ojos inmóviles, luego se les enroscaba en el cuerpo y con sus anillos mortíferos les trituraba los huesos, hasta que al final les succionaba la sangre.

El alcohol y la alegría reinante dentro del boliche esa noche, no dejó de oir el lúgubre llanto de la serpiente, que también estaba sedienta de sangre humana.

El viejo, que se había quedado en silencio pensando en la respuesta del muchacho, al ver aparecer al Salteador con un litro de vino en la mano, le aconsejó al forastero:



—Andate, muchacho.

—¿Y por qué ha de ser?

—Tomo y obligo —resonó la voz potente y desafiante y agregó: —Y el que no lo haga, que me lo diga, dijo el Salteador, con ganas de pelear.

—Yo no tomo — contestó otra vez el paisanito.

—¿Querés morirte, muchacho?, alcanzó a decirle el viejo, cuando el Salteador, se acercó, decidido, al forastero y lo aventajó con un talerazo que esquivó oportuno y el guaso fué a estrellarse de cabeza en el mostrador.

—Se le van a romper las guampas, don — le dijo el paisanito.

—Mocoso e'm...; parece que te anda sobrando la vida, dijo furioso el Salteador, mientras sacaba el facón.

El paisanito sonrió misteriosamente. Y mientras esperaba el segundo ataque, se enroscó la lonja de su delgado rebenque.

Un rumoreo de admiración y pena corrió por la concurrencia, al ser testigo de tan desigual pelea. Nadie se animó a apaciguar al Salteador, pero los rudos paisanos le gritaron al forastero:

—Dispará, muchacho.

La advertencia llegaba tarde, porque la delgada y filosa hoja del puñal, brilló con destellos de fuego en el aire, en un falso amago y luego con la rapidez del rayo, partió la mortal puñalada en una recta trayectoria, que el paisanito hizo marrar con una ligera esquivada.

—Válgale al cuerpo y a la vista — coreó la paisanada.

—¿Se cree que la luna es queso porque la ve redonda?, agregó burlonamente el chico.

Ya nadie pensaba evitar la terrible pelea. Querían salvar, eso sí, de una muerte segura, a ese paisanito bravo y valiente.

De entre la criolla muchedumbre se oyó de nuevo el grito: —Dispará muchacho. Y como si hubiera sido la señal del instante, de un sillazo apagaron la luz de la única lámpara del boliche.

La paisanada se arremolinó contra el mostrador. El encandilamiento paralizó un segundo la trágica pelea. La luz de la luna señaló la salida. El paisanito, con la rapidez de un felino, de un salto ganó la puerta.

—Eh, amigazo —gritó desde afuera—. Salga y vea qué linda noche pa' peludiar.

—Te va a matar, muchacho, le gritó el viejo gaucho.

—En cinco pesos... si me dejo.

La encarnizada persecución del Salteador por alcanzar en mortal puñalada a ese hijo de jaguar, que en la lucha se defendía a saltos, hacía temblar la tierra en cada arremetida.

El gauchaje asistía impávido al duelo criollo. Una incomprensible admiración y terror les paralizaba los sentidos. Habían formado inconscientemente un círculo alrededor de los dos peleadores y respiraban hondamente cada instante de la recia batalla, mientras del suelo se levantaba una polvareda roja, como si estuviera cargada de odios milenarios...

Enfurecido, el Salteador, se detuvo y miró fiero al paisanito, que reía [illegible].

—Peleá, maula.

—Venite; entonces.

El Salteador se preparó de nuevo, mientras el paisanito lo esperó firme, con su brazo encogido y el rebenquito listo para asestar el golpe.

De la rueda, un paisano le tiró a los pies del forastero su facón, y le dijo:

—Pelealo de igual a igual.

El furioso y mañoso peleador, sin darle tiempo a nada, se le fué a la carga. Hizo un corto círculo con la punta del facón, le amagó al estómago y rápidamente le lanzó un hachazo feroz a la cabeza. Pero el paisanito, que también entraba a pelear, con un fuerte y ligero golpe, dado en la muñeca de su agresor, lo desarmó.

—Si parece el mismo mandinga — comentaron los mirones para justificar la sorpresa.

Un impulso de muerte agitaba el espíritu criminal del Salteador, que jadeante como fiera acorralada, estaba de nuevo frente al terrible rival.

—Basta ya — dijo el viejo Plácido con intención de apartarlos y de evitar una muerte, que, sin confesarlo, interiormente temía que fuera la del forastero.

La voz del sargento se oyó de nuevo:

—Aquí naide se meta, sino quieren que los ponga de cabeza en el cepo. ¿Me han óido?

Seguidamente, a fuerza de empellones, agrandó el círculo de los mirones, quedando frente a frente los dos contrincantes.

—Entonces arremetió rápido y ciego de rabia el Salteador, pero esta vez, en su cabeza rebotó un tremendo rebencazo, que sonó como si hubiera sido asestado en cuero seco, y el Salteador cayó de boca al suelo. La sangre brotó de la herida como un torrente y bañó su cuerpo y la arena con su oscuro tinte rojo.

—Lo mató. Fué la voz de todos. Pero el Salteador se levantó y con paso vacilante se alejó del lugar.

—¡Guarda! — Le gritaron al paisanito y éste, instintivamente, saltó hacia un lado, mientras el traicionero Mataco le tiraba una mortal puñalada.

El bravo muchacho, veloz como un bólido, le cruzó la cara de un tremendo lonjazo.

Este nuevo e inesperado incidente provocó una inmediata confusión. La paisanada se entreveró en comentarios y cuando el sargento preguntó por el forastero, ya no lo pudo hallar.

—Pa'aquel lau agarró — señalando la selva, indicó un paisano.

★

El sargento, sin decir palabra, se acomodó el machete y montó su caballo. Apenas le afirmó los talones se paró el bruto sobre sus dos patas traseras y pegó un salto. El jinete le asestó un fuerte lonjazo sobre las ancas y el caballo salió como exhalación hacia el lugar por dondo el forastero se perdiera en las sombras plateadas de la noche.

El repiqueteo de los cascos del caballo pronto desapareció. El gauchaje seguía el comentario de la pelea.

—Se le levantó un echao al Salteador y al Mataco — comentaron.

—¿Y quién iba a creerlo al perjenio, capaz de tamaña hazaña?

—Yo maliciaba que el muchacho no era de arrearlo con el cabestro — comentó satisfecho el viejo gaucho, que rato antes aconsejaba disparar al forastero.

Las horas pasaban en medio del entusiasmo, pero como el siguiente día era de trabajo, la paisanada quiso despedirse de la fiesta dándole un fuerte "beso" al porrón de ginebra. Y unos primero y otros después, de nuevo entraron al boliche.

—Pi-ji-ji-ji-i-i-i...

El grito indio se oyó otra vez a lo lejos.

—Algún mamao ha de ser, explicaron.

Poco después un jinete rayó la puerta con su caballo. Los que estaban adentro se dieron vuelta para ver quién llegaba y apareció el sargento:

—Y, ¿volvió el forastero?

—Po'aquí no — contestaron varios a la vez y agregaron: —Tome algo, sargento.

—Ta bien. Ginebra; entonces.

—Parece medio nervioso, aparcero — le dijo el viejo gaucho al policía.

—Y como no voy a estarlo... después de lo que ha pasao.

—¿Qué? ¿Iba a cepearlo al muchacho?

—¡Qu'esperanza! Lo iba a felicitar por la "lesión" que les dió a esos dos matreros. ¡Daba gusto verlo pelear al boyerito!

—¿Y de dónde venía?

—Quién sabe. Estos tapaos son como las tormentas de arena. Llegan, barren con todo lo que topan por delante y después quién sabe dónde van a parar.

En esta amigable conversación estaban cuando de pronto, todos a la vez, se miraron. Los perros del pueblo empezaron a ladrar y a aullar lastimeros.

—Mala señal, cuando los perros lloran — afirmó el sargento.

Los caballos, afuera, como contagiados por la alucinación canina, empezaron a resoplar nerviosamente.

Un secreto estremecimiento agitó los aguerridos cuerpos del gauchaje y para no ser traicionados por el miedo, invitaron a chupar,

—A su salud, sargento.

—Mejor a la del forastero — respondió el invitado.

—A la del forastero, entonces.

En el instante del trago, se produjo un brevísimo silencio, que fué roto por el lejano grito humano emitido en forma de llanto.

—L'Ampalagua — dijeron, aterrados.

Criollos que hacían ejercicio en el peligro, que eran capaces de enfrentar en una noche de limbo al mismo diablo y pelearlo, eran tímidas criaturas humanas ante la idea del monstruoso reptil.

Gente sencilla y de espíritu supersticioso, se entregaban mansamente a los mil garfios del miedo, cuando de L'Ampalagua se trataba

Todos tuvieron un sentimiento de espanto y de pena. Una suave brisa traía, arrastrando, desde la selva, el grito de la serpiente. Un incomprensible terror se apoderó de esa masa humana. Nadie se animó a abandonar el boliche y en silencio quisieron matar el miedo con alcohol...

A todos los obsesionaba una sola idea, pero nadie quería pronunciar palabra, para no convertirse en "pájaro de mal agüero".

Con las luces del nuevo día, renació en el gauchaje la confianza y su valor.

Montaron sus caballos y a galope tendido, empajados por un triste presentimiento, se dirigieron hacia la selva.

El sargento y el viejo Plácido, que iban a la cabeza, casi fueron sacados de sus cabalgaduras, por la brusca espantada de los animales.

La reserva mental que todos temieron, tenía su dolorosa realidad...

A un lado del camino, tendido en el suelo como si hubiera sido estaqueado. Era al sol, estaba exánime el cuerpo frágil del valiente paisanito, pero también estaba el terrible monstruo, que había sido apuñaleado por su férreo brazo.

Aquel chico, que entregó en temprana edad su alma al cielo, libró a la aterrorizada población del monstruo que devastaba los humildes hogares.

Y así también, el boyerito cumplió el imperio de la ley gaucha: "Morir, matando".



Cortando Campos

EN aquel pueblucho del Sur de la provincia, se deslizaba la vida de sus pobladores con la misma monotonía y característica de los otros pueblos similares. El movimiento comercial, algo escaso, se defendía con la exportación de los productos ganaderos y las cosechas de cereales, cuando el tiempo no las malograba.

Pero, en el orden político, la vida ciudadana estaba a merced de su caudillo que, en este caso, se caracterizaba en el comisario Farías. Era este personaje, en su estampa y en sus procederes, el prototipo de los déspotas seminanalfabetos, de los que por desgracia quedan algunos ejemplares por nuestra campaña, siendo un baldón para nuestra política criolla, como algunos dan en llamarla despectivamente.

El chino Farías — como así se le llamaba — llegó allí "del poblao grande", según dicen sus pobladores, antes de las dos últimas elecciones y, desde entonces todo marcha a capricho y dominio de su compinche: el juez de paz.

Desde entonces, la justicia y la tranquilidad son un mito en aquel lugar, máxime cuando está en auge el padrón electoral, donde se ha de hacer triunfar al candidato impuesto por la filiación política de estos dos personajes, que hacen presión sobre los ciudadanos que aspiran a la libertad del sufragio.

Entre aquellos pocos ciudadanos que sostenían esos principios se encontraba el resero Braulio. Era éste un tipo de criollo bien plantado y de ley, con todas las dotes del antiguo gaucho. Noble y generoso. Poseía alguna instrucción cívica, adquirida en sus tantas correrías por todos los pueblos de la República, en su misión de llevar hacienda de un punto a otro.

Más tarde, después de sus andanzas por esos campos de nuestra pampa, contratóse con el hacendado Godoy quien, apreciando las cualidades personales y profesionales, decidió tenerlo para su exclusividad, con el objeto de que le trasladara los vacunos al punto de venta, encargándose también de la doma, durante su estada en la estancia, mientras le hacían el aparte de las reses.

Allí fué donde conoció a Ro... — hija de un viejo ... viudo, — criollita her... ...ncilla, que unía a los ...e su tez morena, la ... cabellos negros ...s. Su figura ga... ...erpo cimbrante. ...l balanceo de ...zo que Brau... Y una tarde, ...onizaba por ...aisos y en los ...dejaba el arre... ...brindaba un ma... ...iente, mientras que ...bordó todos sus quereres al oído de ella, y apretando contra su pecho las dos tímidas torcazas de sus senos, sellaron aquel idilio con el chasquido de un beso. La noche los envolvía. El aroma de las flores silvestres embalsamaba el ambiente. El chajá se anunció pasando por encima de ellos. Luego, sólo reinó el murmullo de los insectos y alguno que otro juramento de amor.

★

Meses después, Braulio y Rosaura, que habían unido sus vidas, vieron coronados sus sueños con el fruto de un hijo.

Y he aquí que en este punto de nuestro relato ellos residen en el pueblito, viéndose acosados continuamente por el comisario Farías quien, entusiasmado por la belleza de Rosaura, se propone hacerla suya, pero exacerbado por la indiferencia de ella, descarga todo su odio en Braulio, acusándolo de rebelde y de causante de toda la oposición que los peones del campo y de la estación hacen al candidato de él para la cercana elección.

En el momento que se retiraba por la puerta del fondo, el vigilante que le había estado cebando mate al comisario, apareció Braulio en el marco de la puerta de entrada, después de haber atado su pangaré en el palenque de la comisaría.

El chino Farías, echado con casi todo el busto sobre el escritorio en que escribe, borroneaba un expediente y, de vez en vez, quedábase pensativo, masticando nerviosamente la punta de la lapicera, quizá dudando de la ortografía de las palabras o tal vez en la astucia que debía poner en juego en aquel sumario.

Fué en uno de esos intervalos cuando reparó en la silueta altiva de Braulio que, mirándolo fijo y avanzando, le dijo a boca de jarro:

—¡Y güeno! Aquí me tiene y diga pa qué me llama.

Viendo Farías que tenía que vérselas con un carácter difícil de dominar, se revistió de energía, asumiendo una actitud un tanto arrogante y contestó:

—Mirá: t'he mandao llamar pa recomendarte qu'ésta es la última cita que te hago.

—Hast'aura no sé de qué se trata.

—Vos sabés muy bien que la paisanada no me responde como antes en cuestión de elección, y eso yo lo atribuyo y lo he sabido por buen conducto, que se debe a los consejos que les das vos.

—Eso será porque los tiempos cambian y ya no se dejan engañar con un asao con cuero y unas copas de vino.

—¿Y a vos qué te importa todo eso?

—A mí nada. Pero por eso no tengo que ocultar mi manera de pensar libremente y de demostrarles que es necesario que en este pueblo se acaben las injusticias, votando ellos por quien se les antoje.

—¡Ahijuna con el gauchito! ¡Aura me vas a resultar un anarquista!

(Para Farías todos los opositores eran anarquistas).

—Yo no sé qu'es eso que usté dice. Sólo sé que se debe votar por quien a uno se le antoje y no por el que usté imponga por la juerza.

—¡Yo te voy a dar rebeldía, gaucho de porra! — dijo Farías enfurecido, e incorporándose del asiento, agarró el rebenque que tenía al borde del escritorio con un gesto amenazador.

—¡Tenga cuidao y no haga que me pierda! — contestó Braulio, entre nervioso y calmado.

Pero el chino Farías, viéndose casi humillado y queriendo hacer prevalecer su autoridad antes que todo, avanzó hacia él enarbolando el talero de su rebenque, como para pegarle en la cabeza.

Braulio, como adivinando la intención, paró el golpe con el suyo, diciéndole un poco burlón:

—¡Guarda con el alambrao, que se v'apinchar con las púas!

Viendo Farías la inutilidad de su propósito, retrocedió hacia el cajón del escritorio y sacó un revólver al mismo tiempo que apuntándole, le dice:

—¡Entregate y dame tus armas!

Braulio reflexionó unos segundos y pensó que al entregarse perdía su libertad y dejaba el campo libre para que éste siguiera haciendo en el pueblo sus fechorías. Por eso, sin darle tiempo a que tirara, se avalanzó sobre él, sepultándole en el pecho su cuchillo, y con la rapidez de un rayo, salió afuera y montando en su pangaré, perdióse de vista del vigilante, que absorto de sorpresa, se quedó como petrificado en la puerta de la comisaría.

Mientras tanto, allá lejos, cortando campos, esos campos que tantas veces Braulio había contemplado tranquilamente en sus amaneceres, se perdían caballo y jinete, envueltos en una nube de polvo.

Y al piafar de su caballo y al latir de su corazón dolorido por la pena de dejar los seres queridos, pensaba para sí:

—Si mi disgracia es la de andar matreriándole a la polecía, me queda el consuelo de haber pisao una yerba mala, librando al pueblo de un caudillo.

Y el pangaré, jubiloso, seguía cortando campos. Campos vírgenes que algún día darían sus frutos fecundos, por las manos del ciudadano libre, tal como lo soñara Braulio.

BRUNO GOMEZ

Ilustración de Rechain

Peloponeso y Jazmín ★ por Ha









































La Estatua Voluntaria y el Cristal

★

—¿COMO se llama usted?

Después de una inquieta vacilación, el interrogado respondió, poniendo un acento de alegría en su nombre y de tristeza en el apellido. Su nombre lo dijo en una rápida satisfacción porque ya tenía trabajo, pero su apellido lo pronunciaba bajo una autovisión.

—Marcos... Suss.
—¿Cuántos años tiene?
—Cuarenta.
—¿Su estado civil?
—Casado, señor.
—¿Qué empleo ha desempeñado alguna vez, últimamente?

Apretando los puños e irguiéndose repentinamente, Marcos Suss, contestó:

—Fuí secretario en una importante dependencia...

Fué cortado, interrumpido bruscamente.

—¿En qué sitio? ¿Cuándo? Vamos.

Zaherido por la súbita retahila, Marcos Suss sintió un calor insoportable en su rostro, que le subía desde el fondo de su coraje, de su educación. Sin embargo, sumiso, perturbado y galante, repuso, instantáneamente:

—¡Ah! Sí. Este..

El gerente de la casa New Star, que le estaba indagando, no lo dejó terminar. Hizo un mohín mordaz, intencionado, como si no le importara de ese antecedente. Acaso, presentía, que el pasado de ese hombre que tenía a su disposición fuera muy distinto al suyo. Entonces, no quería sobrecogerse al impulso que fácilmente le hubiera dado una comparación semejante. Con un manequí. Se recompuso de esa ligera transición y continuó en el uso de la palabra:

—Ya sabe usted el concepto que goza la casa en este centro, en esta ciudad. Es inmensamente poderosa. Tiene un prestigio propio, hecho a través de treinta años de incesante trabajo y denuedo. Conserva clientes desde su fundación. Es escrupulosa y desinteresada... Claro. Claro. Su labor, su... me entiende, acrecerá, indudablemente, la difusión de su nombre. Bien. De usted depende la acogida que le dispensará el público a esta novedad. Bueno, novedad, no. En fin, rango, actualidad, esfuerzo, para cuyo propósito y en homenaje del cual, la casa no escatima, ni escatimará jamás un sacrificio. Mañana a las 4 de la tarde se presentará usted al jefe principal de Corte y Confección y quedará a sus órdenes. El lo vestirá a su gusto. Lo demás, en la vidriera, quedará bajo la responsabilidad de lo convenido y de sus promesas.

Marcos Suss se inclinó con reverencia y salió del escritorio del gerente de la New Star. Su traje achicado desde su alumbramiento de una increíble manera, raído y lustroso, hacía un grotesco contraste con su discreta estatura y sus facciones acentuadas y finas.

Ya en la planta baja, Marcos Suss caminaba como desvaído, mezclado en el gentío que circulaba por entre los pasillos, escaparates y vitrinas de la New Star. Ese ambiente fastuoso, movible y heterogéneo, compuesto, en parte, de hombres, mujeres y niños, arremolinados como en una incesante e inexplicable búsqueda, parecía envolverlo y apretarlo. Iba como sentenciado por una inapelable justicia, a no pronunciar una palabra, a no pensar ni sentir las cosas. En medio de su aturdimiento, se esclarecían algunas ideas y esperanzas, enterradas desde tanto tiempo en el abismo pesaroso, recordando que ya tendría cómo resolver varias de esas situaciones impuras y desesperantes del hogar que, como por generación espontánea, nacen, se desarrollan y se multiplican, en vez de morir, aunque no fuera biológicamente... Esas situaciones a que llevan a menudo los proveedores de "artículos de primera necesidad", expresión cordial, que usan y abusan tanto las cooperativas como las sociedades de beneficencia.

Una vez en la calle, sintió, por un instante, todos los privilegios y la infinitud insaciable de la libertad.

El compromiso que había de... lo contraído con la New Star ...vinculaba prematuramente en ... modo, que se juzgaba des...ído en absoluto de sus fa...ades morales y físicas. Su ... en el futuro, era sencilla...e la obra de "un se... sin ... según se explicaba literal... Marcos Suss, al poco ... que aislaba en su mente, ... no menos repu...ados y ... repetía ... función ...ciencia... tales como ...to b...", o aquello ...lo ... que debas ser ...nada". Sus re...ían en un jue..., caminando, re...ientos como so...unas veces y ... llegó hasta su ... Una enorme fin... circundada por terrenos baldíos, vieja y destruída en caprichosos cortes por una sublevación sino unánime, muy numerosa de todos sus elementos y materiales. De ese estado caótico en que seguía el edificio, sólo dos habitaciones disfrutaban el orgullo de mantener inalterables el orden y la disciplina arquitectórica. La primera y la última. Entre éstas, como una desestimación atrevida a lo que afirmaba Aristóteles de que la virtud está en el medio, las habitaciones habían perdido su contacto, su unidad, en donde los techos, perforados y hundidos, tapiados con algunas chapas de zinc, ostentaban una cantidad de objetos invalorables y sucios que se veían con involuntaria tristeza. Mangos de escobas, latas, zapatos desteñidos por la lluvia, rotos, abiertos como una boca; restos de una jaula de pájaros. Un patio muy grande, sin baldosas que lo cubrieran suficientemente y una higuera enana cerca de la pequeña cocina que él mismo había construído con maderas de cajón ensambladas en una primorosa hojalatería, dominaba el interior como un oasis, en donde el crepúsculo derramaba el maleficio de su hora y de su color.

Era su casa. La casa de Marcos Suss, ex secretario de una importante dependencia. Allí, pues, tenía recluídos sus afectos, su ternura, su amor. Todo su valor y sus ambiciones se inspiraban en ese lugar desmantelado, en ese brumoso cuartelón. La algarabía de sus pequeñuelos rellenaban los intersticios. Su mujer, sabía amenizar ese silencio de panteón que bajaba por las noches, cantándole, riéndole, ilusionándole. Y "Estrellita", una canaria vivaz, fecunda, armoniosa como la canción mejicana, había llenado su blanca prisión de pajaritos cantadores. Por eso, las mañanas, entraban sonrientes, a veces, casi alegres, en el alma de Marcos Suss, escuchando esa música múltiple e inmortal de los trinos...

ARTURO RODRIGUEZ MORONI

★

ILUSTRACION DE Pascual Güida

★

La acera estaba materialmente interrumpida. La gente se sucedía por instantes, renovándose de esa forma el grupo compacto que se formaba frente a una de las vidrieras de la New Star. Marcos Suss, de cuerpo entero, inmóvil, en una actitud forzada pero graciosa e insinuante, parecía embalsamado. Su cabeza con el cabello brillante. El traje, los botines, los guantes y otras prendas de vestir duras y con definidos tintes, acreditaban su flamante figura. Con las mejillas sonrosadas y los ojos grandes y enternecidos, Marcos Suss miraba fijamente quién sabe qué pintadas o reales imágenes. Su mirada abarcaba todas las miradas de los demás, las atravesaba. El rostro era así, una máscara de su rostro, suave, bella, artísticamente realizada.

Marcos Suss estaba sufriendo toda clase de perturbaciones orgánicas, fenómenos fisiológicos, alteraciones morales. No hacía diez minutos que se había erigido allí, en una pequeña y ridícula estatua de la moda. Había ya hecho sucumbir dos o tres bostezos entre sus mandíbulas, apretándolas. Desechó innumerables comezones haciendo jugar sus músculos, allí, parado, tieso, torturado. Si fuera prestidigitador, argüía entre dientes, hacía hundir este maldito piso en que me encuentro, a 100, a 1000 metros bajo tierra. Pero un recurso humano que contribuye siempre a la liberación del hombre exigido por la vida, le permitía, al menos, hacer girar su cabeza, mecánicamente, como si ésta siguiera los segundos de un invisible reloj. Este hecho lo aliviaba un poco. ¡Cuánta gente! ¡Todos lo miraban!

"Un ser sin ser", pensaba. No podía hablar, no podía gritar. No, no. ¿Qué ocurriría si él saliera disparando desde ese cuadrado adornado e iluminado, bajo y estrecho como la escena de un gran-guignol? No, no podía. Pero él se moría, se volvía loco. ¿Quién lo habrá reconocido? El tenía pocos amigos. Los amigos de él, seguramente, no andaban a esa hora, a pie, por las calles de Buenos Aires. No obstante, uno, uno no más que lo viera, sería suficiente. ¡Qué atroz! ¡Ah! mañana, este mismo día me voy, sí, me voy, repetían los huecos de la cabeza. ¡No quiero nada. No, ni una corbata, ni un pañuelo, ni un centavo!



Una aparición intempestiva, como surgida cerca del cristal que lo separaba del mundo, le desarregló sus pensamientos, ahogó todas sus palabras sin sonidos. Fué el infinito fragmento de un ensueño. Una mujer. Una de esas mujeres que se pueden dividir en dos partes. Una para el espíritu. Otra para los sentidos. Vestida para estar desnuda. Sonriente para ser triste. Estaba cerca, muy cerca, lo miraba, Marcos Suss había desviado sus ojos, los había apartado quién sabe de dónde para mirarla apenas, sí, la fracción de un segundo, porque sus ojos estaban también alquilados, comprados por la New Star. No la podía mirar. Y ella, estaba allí cerquita. Una lucha tenaz, a pedazos, se libraba en Marcos Suss. Una lucha impaciente y ocultamente dramática. El maniquí y el hombre.

Una dualidad feroz, una reyerta trágica entre personalidades modernas. Una mujer, nada más que inesperada, demasiado viviente, pero sobre todo inesperada como son todas las causas que llamamos generalmente destino, le había planteado una definición terrible. Era la primera. ¿Hombre o manequí?

Luchando, otra vez, se perdió su mirada allá lejos. Sus pupilas resbalaban sobre las cabezas de la muchedumbre que miraba un manequí. No quería pensar, no podía pensar qué diría esa gente. Ella no sabía nada del "brumoso cuartelón", de "Estrellita". La gente no analiza nunca para hacer un juicio. El enjambre callejero llegaba sordamente a sus oídos. Todo ese fárrago, esa farándula anónima, látigos que acicatean el progreso, la civilización, están representadas por mí, decía Marcos Suss. Sí, por mí. Yo soy un símbolo. El símbolo de la vanidad. Se hacía una confusión de conceptos. Andaba por su memoria algo de lo que se dice aniquila la existencia del hombre, que lo ha rebanado, que le ha llevado sus sentimientos como si éstos fueran estériles y superfluos. No era, pues, la máquina, no. No era eso lo que hacía desvivir el presente, era la vanidad, sí, la vanidad ofrendada por frívolas sugestiones; supersticiones, estupideces sociales, simulaciones, individualismo... Y de nuevo se sentía en la cumbre de una introversión irrenunciable y mutiladora. Se veía aumentado, gigantesco, desfigurado por un prisma que parecíale se pasaban de mano en mano los espectadores de su espectáculo... Y pensaba por centésima vez: "Un ser sin ser".

Sí, ya lo tenía resuelto. El no podía encarnar lo que precisamente lo revelaba. Ese mismo día se adelantaría al gerente de la New Star. Le extendería su mano. Se marcharía sin decirle una sola palabra. ¡Qué consuelo! Todavía reservaba fuerzas para apoyar un gesto que lo honraba, que lo enaltecía. Lo contrario hubiera sido un renunciamiento lapidario. Sí. Sí. ¡El hombre! ¡El hombre!

★

Al día siguiente, la casa New Star ofrecía al público una confección magnífica y sobria. Un modelo impecable en gris, creado por su cortador, un excelente "maestro húngaro" que había aprendido tan difícil arte entre los mejores modistos de Londres. Era "aquello" una extraordinaria sanción de su virtuosismo. Inspirado en las formas más atléticas, en la estatura de los apolíneos y antiguos griegos, de la soltura de los corredores de cuadrigas en la vieja Roma, había conseguido, mediante dobles costuras, rellenos y otros trucos secretos que solamente los ejercía su mano, un modelo impecable en gris. Además de la originalidad que significaba por sus solapas circulares y los bolsillos en triángulo por un método deducido por una fórmula geométrica, la arrogancia obtenida, la distinción que importaba su uso, daba una exquisita impresión de "buen gusto", delineando correcta y majestuosamente el aspecto. Adquiría también, así, quien lo comprase, todo el valor representativo por el que se puede mostrar y conocer un caballero. Todo esto, por un precio reducido, módico, a plazos...

Los diarios habían anunciado con grandes avisos esta notable exhibición.

A la hora de costumbre, nuevamente, la vidriera de la New Star absorbía el interés y la genialidad de la urbe.

Marcos Suss, con la faz mejor arreglada que el día anterior, con una semblanza viva y optimista, además de vestir el impecable modelo gris, tenía en su diestra un grueso bastón amarillo...





Museo de la Confusión



POR

Anímula Vágula

★

EN un Home Sweet home del 16 de febrero, con acompañamiento de ilustraciones sirio-milanesas, aparecieron ciertos Daguerrotipos Románticos, apadrinados por un señor Vizconde de Lascano Tegui. Como la ciencia aun no ha dado su última palabra y los expertos abocados al asunto, tampoco, me limitaré a decir que si sobre la debatida cuestión de si el vizconde es un francmasón o un fracmasón, se guarda aun la más absoluta reserva, no acontece lo mismo en lo referente a la difundida obra del heráldico. Los químicos, buenos y entendidos, encargados de dar su fallo, han declarado abiertamente que los diversos tomos sometidos a examen, desvirtúan las sospechas de que se trataba de valiosos incunables, respondiendo que más bien tenían todos los síntomas de valiosos incurables. Uno de los daguerrotipos más interesantes, por su conversación, es el titulado El frac romántico. Se trata de un diálogo entre el nebuloso fracmasón en trance de nudismo y una ropavejera.

Comienza así:

—Ropavejera (las mujeres, a fuerza de moler la moda, saben despreciar las ropas usadas), ¿qué me ofreces por este frac?
—Es viejo. Está desvencijado.
—Tiene mi edad.
—Huele a heno.
—Ha dormido en los prados de la Finojosa.
—Huele a especias, según le mueva.
—Fuí con él a Indias... Volví sobre el puente de la nave. La América es triste... Las criollas son bellas.
—En la manga tiene un zurcido negro.
—Lleva el duelo de don José María de Larra.
—Sólo los bolsillos están en buen estado...
—No tenían objeto.
—Tiene una espalda agujereada...
—De un pistoletazo. Un enemigo político quiso matarme una idea.
—¿Y este bulto sobre el pecho?
—Devuélvemelo, señora. Son cartas y versos de amor que había cosido al forro.

Después de leer este negocio se me ocurrió que tenía cierta similitud con determinado pasaje de una obra del malogrado escritor Bizonte de Toscano-Legui, pasaje que trataba de la funesta adquisición, por parte de otra compraventera, de una camiseta a rayas en estado de putrefacción. Acudí a la biblioteca correspondiente, abrí el tomo en la página 44 y hallé el facsímil.

Se expresaba como sigue:

Ropavejera, ¿qué me ofreces por esta camiseta?

(La audaz observación del vizconde, colocada entre paréntesis, no figura en el texto original).

—Es añeja. Está desencolada.
—Nací en camiseta. Somos del año 70.
—Huele a reno.
—Ha dormido en los prados de la Rinojosa.
—Huele a pizza, a fainá, según la agite.
—Fuí con ella a Burzaco. Comimos sobre el puente Alsina. La América no es Trieste.
—Le falta una manga.
—Extralimitaciones de un mangangá.
—La otra tiene un zarzillo negro.
—Anduvo por el suelo en la calle Lacarra.
—Ni los dobladillos están en buen estado.
—Me tenían abyecto.
—Tiene un orificio en el tercer espacio intercostal.
—De un puntazo. Un enemigo quiso achurarme un concepto.
—¿Y este bulto sobre el pecho?...
—Entréguemelo, madame. Son un mazo de cartas marca Angelito, el archivo de Indias, un tratado de medicina ilegal y algunas rimas de amor y de mor que había perdido en las entretelas.

Después de esto, no creo necesario insistir sobre las verdaderas fuentes de inspiración del plagióstomo. En el daguerrotipo titulado Croquis (que lo mismo se pudo haber titulado Soquis), me llamó la atención lo siguiente:

...y un guardiamarina, don Guillermo Brown, de nación irlandesa, de calidad distinguida y salud quebrantada, que, con el catalejo sobre la nariz, encargado de ordenar la maniobra, olvidaba cumplir su deber habiendo descubierto con su lente a una sirena extendida en la playa.

Es indudable que muy quebrantada tiene que hallarse la salud de una persona que con el objeto de observar una sirena extendida en la playa se coloca el catalejo sobre la nariz y más aun si esa persona es un reconocido hombre de mar, habituado a usar dicho aparato. Lo que a mi parecer ha ocurrido en el presente daguerrotipo, es que el vizconde ha confundido al guardiamarina Guillermo Brown con ese otro guardiamarina tan conocido que se llamó Franck Brown y que tenía la costumbre de pararse catalejos sobre la nariz, megáfonos sobre los ojos, bicheros en la coronilla mientras se enjugaba tranquilamente las lágrimas que le caían de las orejas y agradecía los aplausos estridentes de las ninfas y demás personajes del auditorio.

★



En la revista "Para Ti" del 20 de febrero, se hizo presente un cuento titulado El muro invisible, por Vivien R. Bretherton. Describiendo uno de los personajes, expresaba:

Sara Kenniston era una mujer fuerte, ágil; un espíritu lírico que ponía en los pequeños objetos toda la poesía de sus sentimientos; los pájaros y las flores habían sido siempre sus mejores amigos, sus mejores consejeros.

Dudo que un pájaro o una flor constituyan los verdaderos preceptores de una dama, por más ágil y lírica que sea. Se corre el peligro que un día u otro a la dama, influenciada por la flor le dé por multiplicarse por medio de estambres y convierta la casa en un receptáculo de polen y de otras polvaredas mientras inútilmente permanece en el invernáculo, dentro de una maceta, soñando con podas, injertos y bichos canasto.

La influencia del ave preconizando nidos de barro, huevos caseros, incubadora, cama jaula y alimentación a base de hojarasca, también me parece inadecuada.

En un suplementario magazine correspondiente al 24 de enero, hallé el siguiente proverbio:

Conviene buscar una mujer con las orejas mejor que con los ojos.

Todo es cuestión de gustos. Claro que si la persona buscada hace alarde de un par de ojos de vidrio saltones o pedunculados, apetece el estrabismo, utiliza el izquierdo para observar el techo, mientras el derecho investiga el sótano, es de desear que miro por las orejas y escuche por los ojos.

★

Cierta revista se ha dedicado a la solución de los problemas sociales de los lectores.

Sobre la atención de los jóvenes con los vejestorios se dan algunos consejos:

Encontrándose de visita, no se levantará de su asiento cuando entran caballeros jóvenes, pero lo hará e irá al encuentro del recién llegado (si es muy amigo), siempre que éste sea anciano. Igualmente evitará que ejecute cualquier cosa molesta, como trasladar una silla, recoger algo que se haya caído, cerrar o abrir una puerta, etc.

Al anciano hay que prohibirle todo, si la dentadura postiza se le ha caído sobre la alfombra de Smirna, es bueno poner el pie sobre ella, evitando que el octogenario la recoja. Si lo que se ha caído es una puerta (cerrada o abierta) y el anciano se encuentra debajo de ella, haciendo esfuerzos sobrehumanos para trasladarse a una silla, la joven debe impedir por todos los medios que el anciano levante la puerta.

Enrique IV Perdió Cabeza en Montmatre

★

MUY cerca de la plaza de Otero, donde se alinean los quitasoles de un hotelero al aire libre, en ese Montmartre de buen humor y de gentilezas, en esa decoración al sesgo de casas bajas como se ven en los pueblitos, entre esos mendigos que tienen apariencia de artistas, esos músicos en la calle, esos muchachos bromistas en quienes persiste el sello del tipo creado por Poulbot, en ese Montmartre a quien excita un género de fiesta a la vez lugareña y parisina, que todavía tiene sus humildes artesanos y casi sus campesinos, en ese Montmartre donde la *Berceuse de Jocelyn* se enreda con el jazz, en ese Montmartre existe la barraca de un extraordinario fotógrafo.

Pero les aseguro que el estudio de fotógrafo ese no sabría dejarlos indiferentes.

Está abierto a todos los vientos, hecho de palastros, de lienzos, de cajones y de puntas de alambre.

Se tiene acceso al salón de pose por un pasillo tapizado de viejos libracos anotados, de encuadernaciones antiguas, de grabados en marcos y de un sinnúmero de documentos inesperados. Todo aquello en un "pêle-mêle" que evoca conjuntamente la Casa de Ventas, la mudanza y el "atelier" del artista. Uno siente, adivina que esos rechazos, de los cuales algunos pueden tener valor, han sido adquiridos al día, regateados en la feria ambulante, descubiertos en la caja de libros viejos a "dix sous", recogidos en la acera, junto a una exposición de cambalache.

El conservador de este raro museo, grande como una casilla de ferrocarril, no se separa de sus riquezas. Un canapé le sirve de lecho. Se le advierte vagamente, también, debajo de libros.

Al lado, erguida, una columna. La cúspide de esta columna sostiene alguna cosa. Pero ese algo está invisible, oculto por una vieja americana.

Pregunto al fotógrafo, señor Bourdais — un buen hombre de pelo canoso dispuesto en aureola:

—¿Qué es lo que hay, pues, allí abajo?

El Sr. Bourdais me contesta:

—La cabeza de Enrique IV.

¿Qué? ¿La cabeza de Enrique IV, en Montmartre, mezclada con la vida nocturna de allá arriba, mecida para su último sueño por los cantos de los alegres aprendices, por los gritos de mujeres a las que hacen cosquillas? ¡Es éste un buen lugar decente para un abuelo que ha alcanzado ya sus trescientos veinticuatro años!

★

El Sr. Bourdais ha pagado tres francos por esta cabeza, en el Hotel Drouot, en 1919. Este era un gasto módico. Podía permitírselo.



Proyectaba hacer de esta cabeza un adorno macabro como suelen verse en los "ateliers" de pintores, cuando se vió atraída su atención por un matiz azul junto a la cortadura del cuello.

Pues bien: él sabía que el cadáver de Enrique IV había tenido una parte del pecho y del cuello tiznada por un líquido azul penetrante, antes de la aplicación de las vendas fúnebres del embalsamamiento.

¿Por qué?

Porque el monarca estaba tatuado.

Tenía tatuajes de temas amorosos. Tenía otro en el que proclamaba su fidelidad al protestantismo. En caso de exhumación, sus deudos no querían que fuesen descubiertas esas inscripciones comprometedoras.

Ese azul hizo, para el Sr. Bourdais, las veces del hilo de Ariadna. Y examinó, entonces, más detenidamente, esta cabeza de lance.

Reconoció, bajo la piel momificada, el lunar gracioso que reproducen todos los retratos de la época.

Reconoció la herida en forma de hocico de liebre de que se habla en las memorias.

Pudo poner, con exactitud, el perfil de la cabeza momificada sobre el de los retratos del soberano.

Toda vez que esta extraña reliquia es dispuesta en la actitud y en el iluminado de una efigie auténtica del soberano, el parecido es sorprendente.

En fin — prueba negativa, e. verdad, pero de todas maneras una prueba — ningún documento histórico, me ha asegurado el Sr. Bourdais, permite establecer dónde se encuentra actualmente la cabeza de Enrique IV. Ningún relato, ningún acta, llama la atención sobre su presencia en alguna parte. Se sabe que ha desaparecido cuando la violación de los sepulcros, durante la Revolución. Mas los historiadores ignoran por completo qué ha sido de ella.

★

Desde entonces, el Sr. Bourdais, fotógrafo de Montmartre, se puso—si se me permite emplear expresión tan osada — en familia con la cabeza del Bearnés.

Ha consagrado su vida a ese vestigio mortal. Lo poco que gana lo consume íntegro en la adquisición de volúmenes sobre Enrique IV, de tesis, hábilmente descubiertos entre los desvanes de los "bouquinistas", de grabados, de estudios históricos. Cuando viaja, lleva con él la cabeza de Enrique IV en una caja de abeto destinada para clasificar los clisés 18 por 24. Pero, en razón de las circunstancias, esta caja vese tapizada con terciopelo violeta, el color de duelo de los reyes.

Algunos centímetros separan al lecho del tabernáculo donde descansa el jefe ilustre. M. Bourdais duerme con un solo ojo. Cumple piadosamente, cada noche, la velada fúnebre. Cuando va al mercado para su modesta compra, lo persigue el temor de que esta cabeza pudiera serle infiel. Y es con un suspiro de alivio que la vuelve a encontrar a su vuelta. No solo es un caso de unión milagrosa, de apasionada consagración: es casi un caso de encantamiento.

Ese cráneo apergaminado desprendido del tronco por los violadores revolucionarios de los sepulcros, ha sufrido misteriosas aventuras. Vedle allí, logrado ahora el asilo, la paz, en una barraca donde un bu... hombre se instituyó la vesta... un recuerdo, el gran sace... de un rito lleno de respet... amor.

Acaso vosotros juz... esta cabeza de Enri... ya autenticidad p... ser confirmada, e... su sitio en el Mu... vre o en una basíl...

Mas yo creo que ... que Enrique IV perm... Montmartre.

Caramba! El Rey ...

PAUL REBOUX

ILUSTRACION DE GÜIDA